

LA PROSERPINA.

R. 67.712



M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO.

LA
PROSERPINA.

NOVELA ESPAÑOLA.

=====
TOMO I.
=====

ADMINISTRACIONES:

30, Calle del Pez, 30. Pérez Hernández.
MADRID. MÉRIDA.

Mérida.—Tip. de Corchero y Comp.^a

I.

LA FAMILIA LENNIER.

La Proserpina es una grán posesión declarada colonia hace algunos años; dista seis kilómetros escasos de *Los Jarales*, pueblo de regular importancia, con estación de ferrocarril en la misma línea de Sevilla. El actual poseedor—poseedora, para hablar apropiadamente—es doña Matilde Llacer y Torres de Aracena, la viuda Lennier, como allí se la llama. La viuda Lennier tiene dos hijos; Enrique Lennier, el menor de los hijos

—y perdona lector si empiezo por el segundo—es un militar pundonoroso; ha dado ya pruebas de ello, á pesar de su juventud. Enrique Lennier, tiene veinticuatro años.

Hay quien asegura—malas lenguas desde luego,—que su fuerza intelectual no alcanza, desgraciadamente el desarrollo que de un Lennier podía esperarse. Conviene advertir que en esta familia sobresalieron siempre muy preclaros varones en las letras y en las armas.

Es una cosa muy triste; pero las malas lenguas suelen tener razón; ya sabremos si la tenían también en este caso. Hay una cosa cierta; el joven Lennier terminó sus estudios académicos con

titánica labor; sus aprobados, únicas notas que logró alcanzar en toda su carrera, fueron milagrosísimos, pero conviene decir también esta otra verdad: á los cinco meses de salir de la Academia, entró Lennier en campaña y al poco tiempo de haber entrado en campaña, habíase hecho querer de sus jefes y respetar y admirar de sus inferiores, por su buena voluntad manifestada y probada, su arrojo, su discreción, su amor á los de abajo y su respeto á los de arriba. Fué en Mindanao donde hizo sus primeros hechos de armas y donde alcanzó sus primeros laureles. En la Academia lo decían: ¿era aquel bravo oficial de quien hablaban tanto los periódicos el jo-

ven Lennier? ¿No habría otro del mismo apellido? Se convencieron; sí, era el mismo. No había otro.

Cuando Enrique Lennier concluyó su carrera, fué á la colonia á pasar una temporada; decían los compañeros que había ido á restaurar su salud, quebrantadísima con los esfuerzos que hizo preparando en su meollo alguna contestación para aquellas preguntas que los examinadores, con nobilísima indulgencia—ya lo sabía él—iban á dirigirle.

Salió de la Academia y no lo creía; respiró con libertad; sin explicarse bién sus impresiones, la Academia estuvo haciéndole el efecto de una cárcel; el espíritu

preso, encadenado, amordazado, prensado como con torniquete, se debatió allí sin fuerzas, y hubiera muerto, á no dársele la libertad. Produjo á Lennier, estupor grandísimo contemplarse con su pintoresco uniforme azul y sus galones de plata, relucientes. Tampoco sabía explicarse aquel estupor.

Hacía una linda figura en su caballo tordo, con su cuerpo entalladillo, su cara morena de ojos negros, de mirar muy vivo, sus labios sonrosados y su bigotín rubio, aquel bigotín que había conseguido destrozar muchos corazones, no solo en *La Proserpina*, sino en la propia metrópoli andaluza, aquella grán población, emporio de riqueza y lujo, cuya vida

exhuberante se desborda bajo el cielo hermoso del Mediodía.

Cuando Enrique Lennier y su hermana estaban juntos, comprendíase al instante su inmediato parentesco. Tal vez en los ojos de ella no resplandeciese la vida que se desbordaba del corazón de Enrique, pero ella había cumplido veintisiete años, edad en que la mujer, aunque no haya sufrido grandes decepciones, recoge su pensamiento y vé la existencia desde un prisma que no es, de seguro, desde donde la puede ver un oficial de caballería que acaba de salir de la Academia.

Aunque los ojos de la señorita Lennier no tuviesen la misma viveza que los de su hermano,

eran idénticos á los de Enrique, pero más bellos aún, con su azul obscuro, su vaguedad, su melancolía, su tranquilo reposo, en fin, ese reposo de las almas perfectas, que se deslizan por el mundo, dejando en los seres que viven á su alrededor una impresión de simpatía y temeroso respeto, como se lo tienen los devotos á sus santos favoritos. Tal era la fuerza de atracción de aquella joven de veintisiete años, con su continente serio, su hermosa y gentil figura, y su rostro blanco de harmónicas facciones, veladas siempre de un tinte de tristeza y recogimiento que parecían innatos en aquel carácter.

¡Ay!, aquellos ojos tan dulces

y aquella boca bellísima de labios descoloridos, hacían recordar la boca fresca, como una rosa de Abril, del oficialito de caballería; creyérase que la señorita Lennier, aquella noble y pálida flor de invierno, se hubiese arrancado todas sus galas para ponerlas en aquel otro sér, hermano suyo, á quien amaba con verdadera ternura.

El delicioso oficial se marchó de la colonia á los tres meses, y duraba la ausencia cuatro años; cuatro años tristísimos, durante los cuales la viuda Lennier, su hija y toda la colonia, no habían hecho nada más que recordar la figura gentil del lindo muñeco de caballería, aquel muñeco hecho

ya un mocetón, según decíase, en lejanas tierras, donde tanta popularidad había conseguido, matando moros con un esmero y una prontitud, de que nadie en la Academia ni en *La Proserpina* le hubiese creído capaz, á no ser alguna linda colona que, en el misterio de su corazón, le considerase, no ya como un soldado valiente, sino como el dios grande de las batallas.

Porque era indiscutible; aventuras hubo, y alguna había salido del misterio, sin que Enrique Lennier hubiese podido remediarlo, porque no era vanidoso, ni parlanchín, no obstante su poca edad y ninguna experiencia. Allí, en la misma casa de los señores

de la colonia, había dejado también *un corazón herido* muy gravemente, al decir de los charlatanes; este corazón, aunque sea descortesía sacar así á la pública curiosidad un nombre femenino, era el de la señorita Lucía Lennier, de cuyo parentesco inmediato con la familia á que me estoy refiriendo, os hablaré oportunamente, y de otros detalles muy curiosos, de mucha enseñanza y ejemplaridad. De estas aventuras habíanse desentendido la viuda Lennier y su hija: la primera, porque en su amor maternal y en su indulgencia pecaminosa todo le parecía bién, tratándose de su hijo; y la segunda, virgen de cuerpo y virgen de alma, á pesar

de sus veintisiete años, no sabía apreciar debidamente, en todo su valor, las murmuraciones de aquellos colonos, á quienes creía sin duda tan buenos é inocentes como ella misma lo era.

El grito del Baire no se había lanzado aún, pero la rebelión estaba latente. Sin pensar los gobiernos españoles, esos procesados y condenados por la humanidad, en la tormenta que amagaba por aquel sitio, dedicaban su esfuerzo miserable, con un puñado de valientes, á la campaña de Mindanao. Enrique Lennier, al salir de la Academia, pidió que se le enviase á Filipinas; lo hizo todo bien hecho; no era de la opinión de esos oficialitos, que al salir con

sus dos estrellas y sus galones de teniente, solicitan en primer lugar — y se valen de mil influencias para conseguirlo — que los incorporen al regimiento que guarnezca la misma ciudad donde estén sus casas, donde estén sus familias, donde estén sus amigos, para servir á la nación, por su dinero se entiende, con la mayor suma de comodidades posibles. El soldado es para la guerra; habiendo guerra, el soldado que no esté ó no desee estar allí, no es soldado ni es hombre; tenía ya Lennier sus ideas sobre esto, ideas que hacían reír á sus amigos. Al ver esta risa, poníase Lennier muy colorado y quedaba silencioso; la cosa era bién chusca: afirmó cándidamente

en varias ocasiones, que la guerra es una estupidez, y que los hombres que peleen por cualquier ideal, no son hombres, son brutos; el solo ideal del hombre debía ser el trabajo, dios formidable, único que le puede rodear de todas las grandezas... No sabía explicárselo bien, pero andábase todo esto en la imaginación sin saber tampoco de qué manera había entrado allí.—¿Por qué eres militar? ¿Por qué vés á campaña? —Estas preguntas oyó de sus compañeros, y contestaba sencillamente:

—Soy militar porque lo fué mi padre; siendo ya militar, la guerra es mi oficio; voy á la guerra por eso y porque mi padre está

allí; mi padre me dió la vida, esta hermosa vida que ahora disfruto, y yo tengo el deber de velar por la vida de mi padre.

Efectivamente; el general Lennier estaba en Filipinas, cuando su hijo salió de la Academia. El general Lennier, desde que *La Proserpina* pasó, por muerte de un tío carnal de su esposa, á poder de ésta y de un hermano suyo, había sido el único encargado de vigilar la marcha administrativa de la soberbia posesión; no administraba; contentábase con vigilar á los administradores y era suficiente; Lennier padre, demostró entonces que es muy cierto el refrán vulgarísimo de que «el ojo del amo engorda al caballo.»

Pero el general abandonó estas tareas por otras más graves, que no le fué posible eludir, porque era hombre de honor ante todo. Fué Blanco á Filipinas, contó con Lennier y Lennier siguióle, no por compromisos políticos, porque Lennier decía que un buén político lo primero que tenía que hacer era perder la vergüenza, sino por amistad personalísima. Originándose la campaña de Mindanao, Lennier fué el general primeramente escogido para aquellas gloriosas expediciones, últimos destellos del poder español en tan apartadas tierras. Allá fué Lennier, como un valiente, y no pudo justificar las esperanzas que en él se tenían, por la razón más

grande: porque cayó y murió de los primeros.

Allá fué á morir con pecho valeroso, dejando el hogar, la familia... y los números. Sin ofender la memoria de aquel sencillo héroe, los números eran su más grande amor. Lennier fué buén militar; pero no es posible que se ofenda su memoria, si afirmo aquí, que hubiera sido mejor estadista, y eso que murió gloriosamente, defendiéndose como un león, á la cabeza de un pequeño grupo de soldados, contra algunos miles de moros salvajes, que se avalanzaron á ellos por sorpresa, en aluvión, como mar que se desborda.

Fué bién triste; Enrique Len-

nier no pudo cumplir aquel noble propósito de velar por la vida de su padre. No llegó á tiempo.





II.

LA PROSERPINA

Los administradores de la colonia,—y digo administradores, porque había allí más de estos, que en Mindanao moros salvajes,—con la ausencia al principio, y á seguida con la muerte del general, hicieron mangas y capirotos en *La Proserpina*; se iba al desastre sin remedio; allí no había cabeza ni piés; los colonos no pagaban; los administradores no rendían cuentas; los mismos propietarios de las cercanías, lamen-

tábanse de todo corazón del mal fin que iban á tener aquellos hermosos capitales invertidos en la colonia. En resumen, el caballo moría, porque el ojo del amo no estaba fijo en él para engordarle.

El difunto Lennier había pasado siempre por amo de *La Proserpina*; á él acudíase, de él se solicitaba, á él consultábase, pero Lennier no había sido nunca poseedor de un solo grano de tierra de la colonia; la propiedad de aquella enorme extensión de terrenos riquísimos, era de su mujer, y de un hermano de su mujer; la colonia fué heredada de un tío materno, el brigadier Tórrez de Aracena. Ireis observando que esta familia era toda de militares.

Este militar, fué otro hombre de honor, que vomitaba rayos y centellas contra el gobierno de doña Isabel II, por lo mal que lo hacía; pero que lanzaba rayos y demonios encendidos también, contra todo militar que faltase á lo jurado; y como servir á doña Isabel, según Tórrez de Aracena, resultaba infame, y sublevarse más infame todavía, se fué á su casa, haciendo un cortés saludo á tirios y troyanos, y se dedicó con toda su alma á fomentar y engrandecer la colonia.

Cuando ya lo tenía todo hecho, cuando empezaba á recoger el fruto de un trabajo tenaz, de una constancia inmensa y de una administración sabia, le sorprendió

la muerte; convendreis en que, la muerte, es la cosa más inoportuna que existe. El general era viudo, sin hijos, pero el demonio, siguiendo su costumbre, le había dado sobrinos, que eran Matilde y Pepe Llacer Tórrez de Aracena. La magnífica posesión pasó, pues, á estos Llacer.

Matilde había casado anteriormente con Lennier, del cual tuvo los dos hijos, Enrique y Margarita á quienes ya conoceis, aunque no muy á fondo, para decir verdad. Pepe era soltero... Un mala cabeza; había algo de desesperado en el libertinaje de este hombre. Cuando tuvo á mano dinero fresco de las rentas de la colonia, gastó y triunfó como un descosi-

do; escandalizó á Sevilla más que Tenorio, y me refiero al Tenorio del drama, como supondreis, y no á los demás infelices Tenorios sevillanos y del reino. Él solo hubiera dado cuenta de *La Proserpina*, á pesar de la solicitud y esmero de su cuñado Lennier, que iba, como buén maestro de obras, tapando penosamente con el yeso y la arena de su economía y de su resignación, las enormes brechas que aquel temporal desbordado, por otro nombre Pepito Llacer, iba abriéndole con poquísimas piedad. Así defendía el pobre Lennier esta grán posesión de las uñas de hierro de aquel pródigo, que tan fácilmente abría las manos para clavar sus uñas en

el filón riquísimo, sacando siempre algo que caía después donde menos se pensaba, en fina lluvia de polvo de oro.

Pero con la muerte del general Lennier y con la marcha de su hijo Enrique á las Indías, observóse la coincidencia extraña de una transformación total en Pepe Llacer; hízose taciturno y retraído aquel que era el hombre más alegre y decidor de Andalucía. Pepe Llacer, además de ser rico, era buén mozo, sin que mi ánimo sea ahora adular á ninguno de su casta; era buén mozo, á pesar de sus cuarenta años, que llevaba muy gallardamente. A esta edad fué cuando sufrió su carácter la transformación de que os he ha-

blado; cambió en todo; retrájose de sus amistades antiguas, hasta perderlas por completo; dejó de trasnochar, de lo que empezó á darse la enhorabuena su hermana, con quien vivía; se hizo metódico, reflexivo; se aisló, se encerró, en una palabra, dejó de ser lo que había sido hasta entonces, convirtiéndose en un ciudadano prudente, discreto y juicioso. De esta grán metamorfosis, quien se dió verdadera cuenta dentro del hogar fué su hermana, la viuda Lennier.

Enrique Lennier, el oficial de caballería, estaba ya en Mindanao; ninguno de sus compañeros de la península, esplicábase la permanencia del joven Lennier allí, por

dos razones; por el poco amor que á la guerra profesaba y por no considerársele capaz de poner una pica en Flandes. En suma, Enrique Lennier, con su tímido aspecto, y su rostro de señorita dengosa, no tenía mucha fama de valiente, como no la tenía tampoco de listo. Era lo cierto que solo había una persona que le conociese bién, dos mejor dicho; eran Margarita Lennier y su prima Lucy, solo que Margarita tenía datos que lo comprobasen, en la correspondencia que mantenía con Enrique sobre todo, y Lucy no tenía para creerlo nada más que su corazón, que no la engañaba.

Por la época de la transformación de Pepito Llacer, Margarita

Lennier carecía de ánimos para pensar en nada de este mundo, porque fué aquella, precisamente, una época en que vivió atormentada por cierta misteriosa enfermedad de languidez, que no pudo definir nadie ni supieron explicar los mismos médicos, de la que resultó sin duda su expresión melancólica y vaga, que no la impedía ser una de las mujeres más bellas y amables de todas las Andalucías. Esta enfermedad, achacáronla unos á la muerte de su padre, otros á la ausencia de su hermano y al temor de que muriese como el general había muerto. Pero ¿por qué no volvía su hermano? En lo que convenían todos era en que Margarita Len-

nier—Santa Margarita como algunos la llamaban,—había nacido para eso, para ser santa de piés á cabeza.

La nueva faz del carácter de su tío Pepe, no desapareció. De pronto, propuso Pepe Llacer á su hermana, la venta de su parte en la propiedad de *La Proserpina*; hay quien lo asegura; ella se negó enérgicamente al principio. Pepe Llacer había sido un mano rota; por causa suya *La Proserpina* había perdido las tres cuartas partes de su valor; la parte del dichoso Pepito estaba empeñada, y para salvar aquello del diente feróz de la usura, era preciso ajustarse bién las enaguas. Así lo decía la viuda Lennier.

En resumen, la viuda compró; para pagarle el primer plazo, tuvo que rebuscar por todos los rincones de su gabeta y todos los bolsillos de sus amistades; vendió sus alhajas, hipotecó otras fincas y hasta recurrió al bolsillo particular de la señorita Lennier que guardaba, según afirmábase, una buena pacotilla, á pesar de lo mucho que distribuía en limosnas.

Conviene todavía que conozca el lector otro dato muy verídico, y tan curioso como cierto; dato sin el cual, serían inútiles los que ya apunté. Se refiere á Pepe Llacer.

Quando tuvo en su poder la enorme suma que constituía el primer plazo que su hermana te-

nía que entregarle, desapareció de pronto. No se supo nada de él en los cuatro años transcurridos; ni una referencia, ni una carta; se lo había tragado la tierra. Murmurábase que había muerto, pero nadie pudo presentar testimonio de esta muerte, ni lograron averiguar de donde partió la idea. Aunque hacía ya cuatro años de la misteriosa desaparición, se hablaba de ella aún en la colonia y en Sevilla. Pepe Llacer era mozo de fama, y tan extraño suceso no podía pasar desapercibido. Hablábase frecuentemente de Llacer y de su incomprensible desaparición; pero los que estaban al tanto, los íntimos de los Lennier, tenían mucho cuidado de no pronunciar

este nombre delante de Margarita. Margarita profesó siempre un cariño sincero á su tío; se les veía pasear juntos con frecuencia; notábase al instante aquel tierno afecto que los unía. Pepito Llacer amaba también á Lucy extraordinariamente, pero Lucy aunque ahijada de D. Pepito, era una muchachita sin reflexión—así se creía al menos,—que solo pensaba en diablear con su primo Enrique, y que ño podía darse cuenta aún con verdadera seriedad de sus impresiones. Pepe Llacer, aquel verdadero loco, para nadie había tenido juicio, al decir de las gentes, nada más que para Margarita Lennier; Margarita Lennier, no podía oír el nombre de su tío sin

afectarse de una manera profunda. Ah, sino hubiese estado tan enferma, cuando su tío se dió á pensar en vender su parte de la colonia, tal vez habría conseguido conducirle por otro derrotero; era muy grande el influjo moral que la señorita Lennier ejercía sobre su tío, quizás por el contraste que formaban aquel loco desenfrenado y aquella joven pálida, seria, de ojos azules dulcísimos y frente pensadora.

Pero cuando Llacer desapareció, hacía ya tiempo que Margarita habíase agrabado en su enfermedad y no estaba en Sevilla; su abuela, la madre de la viuda Lennier, que vivía aún, se la llevó á unas posesiones de Córdoba, don-

de pasaba la excelente mujer una grán parte del año y donde afirmaba con mucho fervor que Margarita curaría.

La viuda Lennier, dueña absoluta de la colonia, puso á mal tiempo buena cara, dedicándose gallardamente á la administración de la inmensa propiedad. El carácter de la viuda Lennier, era muy diferente del de su hija: jamás se la sorprendió un mal gesto, ni una expresión dolorosa; muchas tribulaciones acometieronla á la vez, pero las sobrellevó muy buenamente; se marchó su hijo, para no volver quizás, y aunque era lo que más amaba en el mundo, lloró la ausencia, pero se resignó muy pronto; murió su

marido, el golpe fué rudo, lloró también y también se resignó lo más pronto posible; vino luego la desaparición misteriosa de su hermano, la muerte probable, y sobrellevó este golpe, con una calma parecida al estoicismo; se la tachó de egoista, lo supo y movió la cabeza filosóficamente, diciéndose á sí misma:—Para sufrir, no es preciso estar siempre con las lágrimas en los ojos, y con cara de muerta.

La viuda Lennier, irritábase pocas veces; la única persona que la había hecho en el mundo salirse de sus casillas era Lucy, á quien tanto nombré sin habérsela presentado al lector aún en debida forma; pero en esta conducta

mía hay mucho de sugestivo; era tan ambigua la posición que Lucy ocupaba en el hogar de los Lennier, que pensando yo en esto, la presentación que de Lucy hiciese, resultaría ambigua del mismo modo; dejémoslo. Los sucesos la irán presentando quizás con más relieve del que yo la daría, poniéndome á decir ahora cómo eran sus ojos, y cómo su cara, y si sentía de tal ó cual manera.

Volviendo á lo otro, la condición característica de la viuda Lennier, era una jovialidad serena, que la hacía muy estimable en su trato; al recibir un golpe moral, pasábale por la imaginación al punto el pensamiento de que el golpe hubiera podido ser

mayor; esta filosofía consoladora, era el bálsamo que curaba sus heridas tan pronto. «Las desgracias, por grandes que sean, nunca son las más grandes; siempre pueden ser más grandes aún.» Es la verdad que, con la filosofía de la viuda Lennier, quien no vive dichoso, es porque no quiere.

La colonia había sido maltratada por los administradores, era una triste verdad; Pepito Llacer la había tratado peor todavía, pero ella, la misma viuda Lennier, no había contribuido poco á sacar enormes túrdigas de carne á la rica presa, con sus dientes, muy blancos y muy firmes todavía. Era muy aficionada al grán boato y al lujo desmedido.

Muerto el general; ausente su hijo; su hermano con sus locuras antes y después por aquella metamorfosis, que le había hecho abstraerse de todo lo del mundo, á ella correspondíale acudir al remedio, administrar la colonia, dirigirla, cuidarla, y así lo hizo, pero no por vocación, no por gusto, sino por encontrarse aburrida sencillamente, sin un céntimo y sin esperanzas de conseguirlo. Cerró los ojos y entregóse á la tarea; no tuvo que arrepentirse; empezó por arrojar á los administradores, como Cristo á los mercaderes; sin los robos escandalosos de aquellos honradísimos ladrones; sin el continuo saqueo de Pepe Llacer, sin la brecha

continuamente abierta por ella misma, con una administración prudente, para lo cual se dió buena maña, aunque con sorpresa suya, pues había vivido siempre con la convicción de que no servía para aquello ni para otras muchas cosas, *La Proserpina* volvió á florecer con nuevo empuje. Era una gloria... Una bendición de Dios. Pero todo esto no quitaba, para que la excelente señora levantase al cielo las manos en cruz, cuando nadie la veía, exclamando desoladamente:

—¡Oh, dulcísimo quehacer de no hacer nada! ¡Oh, pereza, la más noble ocupación de la criatura, yo te bendigo!



III.

La pereza de la viuda Lennier era una pereza fastuosa, inconcebible; la pereza de no hacer nada, pero rodeándose de un lujo inusitado, inmenso; como esto costaba mucho, y la gallina de los huevos de oro estaba enferma, dedicóse á curar, á cuidar, á mimar á su gallina. Era un trabajo ímprobo... Pero acaso la gallina preciosa ¿no se lo recompensaría á la postre?

Todos alababan su actividad,

su imaginación, sus esfuerzos colosales para salir bien del empeño; y ella, después de oír aquel diluvio de felicitaciones á sus grandes energías, clamaba también á solas, pero frente á frente de Dios, de quien no podemos ocultarnos:

—¡Qué harta estoy! ¡Cuándo llegará la mía!—La *suya* os figurareis lo que era: seguir batallando hasta que la colonia alcanzase su antigua prosperidad, ponerla en mejor pie aún, si fuera posible, que también lo sería, según las trazas que la excelente señora dábbase. Una vez conseguido esto, colocar al frente á un hombre verdaderamente honrado, que ya lo tenía, y regresar á Sevilla, y

marcharse á Madrid luego, á París, al fin del mundo, á gastar ella solita las enormes rentas de la grán propiedad, lejos, muy lejos, donde tuviese la certidumbre de que ningún bruto de la colonia había de presentarse delante de sus narices.

A nadie había hecho confidencias de ninguna clase relacionadas con este secreto profundo de su corazón... Con estos sueños gloriosos que ya entrevía realizados. Pero su hija, silenciosa y dulce siempre, solía quedarse mirándola con profundo amor, y después de estar así grán rato, decía con cierto dejillo irónico que daba un gracejo muy original á sus labios descoloridos:

—Mamá, ¿quieres que te cuente un cuento?

—¡Eh!... ¿Qué dices?—contestaba sorprendida, la viuda Lennier.—¿Cuentos á mí?—Margot inclinaba la cabeza sonriendo, sin continuar, y la madre quedábase mirándola, confusa, porque, sin conocer profundamente el corazón de su hija como una madre debe conocerlo, en aquella joven pálida y seria, de dulcísimos ojos azules y cabellos dorados, presentía un pensamiento profundamente observador que analizaba y definía el alma de los demás con precisión inconcebible.

Pero un día Margarita Lennier no inclinó la cabeza cuando su madre protestó de que quisiesen

irla con cuentos, no inclinó la cabeza y repitió con aquel tonillo irónico, que inspiraba alguna inquietud á la viuda Lennier:

—Pero un cuento ¿qué de particular tiene? Te convendrá saberlo... recordarlo si lo sabes; es el cuento de la lechera.

—¡Al demonio!

La viuda Lennier había sido adivinada. Adivinada por su hija, de quien ella más quería recatarse. Pero se tranquilizó: Margarita seguía diciendo en su más dulce tono:

—La virtud suele brotar de la misma culpa, como del fango puede brotar una flor; la virtud, aunque sea resultado de una culpa, la agradece Dios en los peca-

dores como un dón espontáneo y natural; esto lo ha dicho muchas veces en su púlpito el padre Tibia, y ya sabes, mamá, que todos hemos convenido en que este santo varón no se equivoca nunca en materias de tal índole.

La viuda Lennier no entendió con mucha claridad aquel galimatías deslizado con un tonillo de irónica indulgencia; lo que entendió fué que Margarita, á quien temía algunas veces por las opiniones que solía emitir, no hallaba mal que ella practicase con todo su corazón la virtud del trabajo, para entregarse así más pronto al pecado de la holganza. Comprenderéis por todo lo que dije, que la viuda Lennier, iba consolándose

de los golpes sufridos, sin que por eso hubiese dejado de amar á Enrique acendradamente, sin que hubiese dejado de tener con frecuencia una lágrima de piedad para el pobre Lennier difunto, y sin que hubiese dejado de acordarse un solo día de aquel infeliz hermano desaparecido.

Las tres mujeres pasaban la vida solas en *La Proserpina* desde hacía cuatro años, y para esto, los hondos disgustos surgidos entre la viuda Lennier y Lucy hacían que el aislamiento fuese más grande aún, sin que el espíritu dulce y conciliador de Santa Margarita hubiera logrado suavizar aquella tirantéz vituperable. Al decir solas, referíame á los lazos íntimos

de la familia, que en lo demás, la grán casa de labor era un hervidero contínuo de criaturas dedicadas á las mil operaciones propias de un establecimiento de esta índole.

La viuda Lennier, aburríase extraordinariamente al principio; luego se le olvidó que se aburría, absorta en su tarea; más tarde se sintió cansada. Desde hacía cuatro años, su tarea única era la administración de la colonia, aquellos inmensos terrenos de regadío, que se dividían en doscientas huertas, arrendadas á doscientos colonos. Estos colonos, con sus correspondientes familias, formaban la población de la colonia.

La viuda Lennier tenía carácter suficiente para habérselas con aquellos doscientos padres de familia, cada uno de los cuales, pretendía barrer para adentro en su casita blanca, rodeada de verdor, y aún es posible que barriera alguna vez, realizando así su propósito, por mucha energía que la viuda Lennier pudiese desarrollar en su cargo difícilísimo. Además, labraba por cuenta propia grán extensión de terreno, y os aseguro que no había terreno en muchas leguas á la redonda que hubiera podido presentar la lozanía y hermosura que presentaba el que la viuda Lennier tenía sin arrendar.

En cuanto á la señorita Len-

nier pasaba una existencia igual, monótona, fría, pero no echaba de menos aquella época de esplendor de su primera juventud; aquella época en que se la admiraba y se la tenía por la más hermosa y más amable de las mujeres de la alta sociedad sevillana y madrileña. En invierno permanecía silenciosa detrás de los cristales de su balcón, el bordado en la falda, contemplando pensativa los picos de las sierras iluminados por el sol, ó viendo caer la lluvia, impasiblemente. De noche sentábase junto á la mesa, con un libro en la mano, abstrayéndose durante toda la velada en la lectura, aunque algunas veces la sorprendiera su madre con los ojos fijos en las

páginas, inmóvil, como la figura de mármol de un sepulcro. Daba al fin las buenas noches, marchándose á su cuarto; y, aunque siempre aseguraba que se recogía al punto, era muy cierto que solía pasar sin dormir muchas horas, por alguna idea tenáz que la combatiera. En verano como en invierno, así era comunmente su vida. Al principio, las grandes señoras sevillanas tomaron como una novedad el ir á pasarse con las Lennier algunos días, y se vió la colonia muy frecuentada por amigos que hacían abrir una boca de á palmo á los míseros colonos, con sus trajes espléndidos y sus risas burlonas. El luto de las señoras Lennier quitaba á estas

visitas todo el carácter animado que en otra ocasión se las hubiera podido dar; prontamente pasó por esta causa el apretón de los señores de Sevilla, y de nuevo el reposo y la quietud rodearon la existencia de la señorita Lennier.

Algunas veces daba un paseo á caballo con su madre ó con Lucy, pero estos paseos hiciéronse menos frecuentes; Lucy, á causa de sus disensiones con la viuda Lennier, retrájose mucho; no fué porque su prima, á la que amaba con verdadero fervor, hubiese perdido nada á sus ojos, sino por el propósito firme que se había hecho de aparecer en adelante como una extraña en el hogar de los Lennier, mientras no pudiera

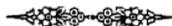
salir de allí. En estos paseos que daba todavía alguna vez, haciéndose acompañar de *Mañón*, iba á la colonia; otras veces llegaba á Los Jarales; en uno y otro lugar se la mimaba y agasajaba por todo el mundo, no solo por ser la más rica heredera de Andalucía, sino por su condición afable, su trato exquisito y su generosidad con el pobre, una generosidad seria, sin alardes estúpidos, que hacía que se la respetara y amara doblemente.

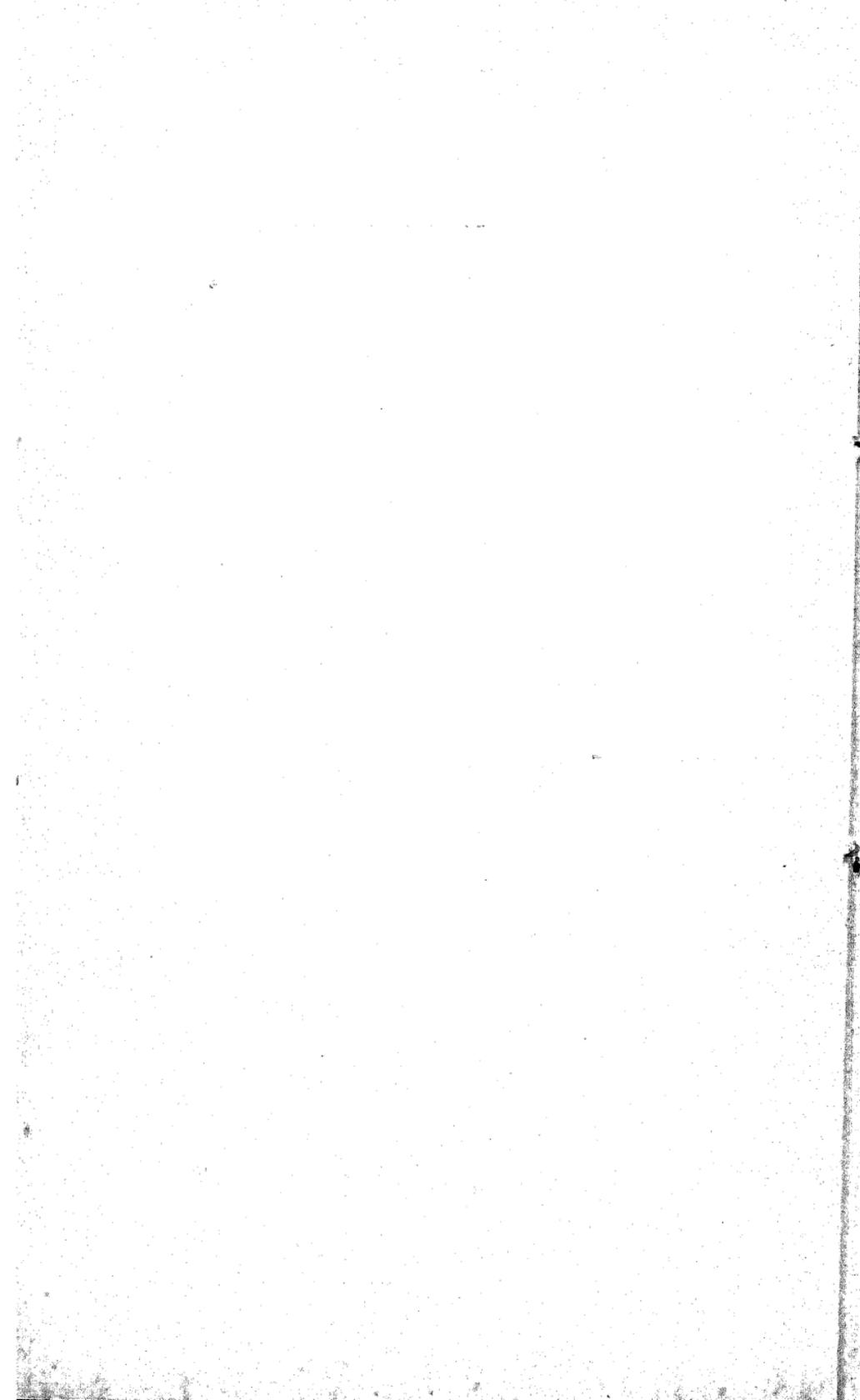
A la viuda Lennier preocupábale mucho aquel aspecto melancólico de su hija, aquella seriedad que no sentaba bién en una joven, aunque tuviese veintisiete años; aquella existencia silenciosa, sin

el alegre rumor que acompaña á la juventud, esa segunda vida, que hace que vibre todo alrededor de la criatura como una oleada de harmonía ardiente. Siempre, desde que tuvo uso de razón, el carácter de la señorita Lennier había sido taciturno y dulce, pero desde aquella extraña enfermedad de melancolía —no sé qué otro nombre darle,—acentuóse aquel modo de ser suyo.

Decían que no estaba en la tierra, que estaba en las alturas; esto decían, esto era en verdad; no se concibe de otro modo aquella existencia sin objeto, aquella sonrisa melancólica, aquel rostro pálido, de acetismo, aquella figura delicada de aspecto monjil, aque-

lla bellísima realidad con apariencia de ilusión; nadie se explicaba el motivo de que la señorita Lennier no estuviese en un convento, lugar que parecía para ella el más adecuado.





IV.

¿Habeis visto los campos de Sevilla en Abril? Los campos se visten de gala en honor de la primavera; la tierra, el cielo, el mar, el aire que pasa entre las hojas, las florecillas blancas y doradas que ornamentan los caminos, las cañadas, las alturas, los remansos, todo se estremece, todo sonríe; llénase el cerebro de imágenes nuevas, el corazón de ansias desconocidas, olvídense el pasado, se piensa en lo futuro, parece

que las nuevas imágenes nunca ván á desaparecer, que las nuevas ansias pronto ván á cumplirse, la flor nos incienso, el aire nos acaricia, el cielo nos bendice, y con esta música sin nombre, deleite del alma y deleite de la carne, jugamos á seguir soportándolo todo, la vida, los hombres, y aún soportarnos también nosotros mismos.

En una tarde de éstas, se hallaban la viuda Lennier y su hija en un pequeño gabinete de la magnífica casa-administración de la colonia. La viuda Lennier, de pie, junto á la puerta del gabinete, leía una carta. La señorita Lennier, de pie también, junto al balcón, cuyos cristales estaban

cerrados, abstraíase en la contemplación de la campiña.

La viuda Lennier movió la cabeza dos ó tres veces con visible impaciencia, y empezó por segunda vez la lectura de la carta. Abajo oíanse alegres cantares, que salían de las bocas frescas de unas muchachas, como sale á borboto-nes de su nacimiento el agua cristalina.

Lanzó la viuda Lennier un suspiro, sintiendo redoblar los cantares. Intentó seguir leyendo, pero muy pronto apartó la mirada de lo escrito, para ponerla en su hija. Estaba sentándose la señorita Lennier; parecía cansada; se sentó en un sillón que había junto á ella, sacó una carta de su bolsillo,

abierta ya, y leyó algunos párrafos; luego fijó los ojos melancólicamente en la campiña, chispeante de luz y color. Había en sus ojos una expresión clara de triste envidia, ante aquel desbordado esplendor de los cielos y de la tierra.

—Es imposible,—dijo la viuda Lennier, dejando la carta sobre una mesa,—estoy como Garibay, ni abajo ni arriba: abajo, porque esas muchachas están aturdiéndome con su canturreo, y arriba, porque me llenan de curiosidad esos fantasmas que á tí te absorben.

Comenzó á pasear con impaciencia, esperando sin duda que la señorita Lennier hablase: como

guardara silencio, añadió de pronto, deteniéndose:

—¿Qué te dice?

—Lo de siempre, contestó la señorita Lennier, con aquel noble reposo que no perdía nunca;— desea abrazarnos; las cosas ván malísimas; España se quedará sin todo aquello... ¡Horrores!

—Es lo que me dice á mí; podía perderse ya todo de una vez con tal de que mi hijo regresara; de cualquier manera, es imposible el remedio: Dios me perdone, pero dá asco; no hay ningún figurón de esos á quien no se le tenga que arrojar algo al rostro. No hay hombres; pero allá ellos, y que salgan del fango como puedan; las madres lo que queremos son

nuestros hijos. Bueno, pero si me dice á mí lo mismo que á tí, no se me alcanza la razón de que nos escriba separadamente; es un trabajo bién estúpido; á no ser que venga algún párrafo misterioso... Sí, seguramente; y yo no podré leerlo: es grande.—Y añadió de pronto con un dejillo amargo:—No lo debo extrañar; él sabe que yo no entendería esas cosas; por eso no me las escribe. ¡Quién había de pensar!... Aquel lechuguino de la Academia nos ha resultado un redentor. Lo que yo quiero es que no me lo crucifiquen.

La señorita Lennier sonreíase oyéndola.

—Déjalo, mamá—dijo;—cada hombre tiene su carácter.

—Lo creo; y cada mujer; tú tienes también el tuyo.—La viuda ahogó un suspiro.—Lo malo no es eso; lo malo es que las cartas de Enrique, aunque parezcan tu único remedio, según la ansiedad con que las esperas, no te curan. ¿Por qué no te vás á Sevilla? Vamos á ver, dímelo.

—Porque estoy bién en la colonia; ó por lo menos, mucho mejor que allí.

—Será lo que tú quieras, yo no me conformo, tú no estás bién; estoy diciéndotelo desde hace cuatro años.

—Y lo dirás toda la vida,—contestó la señorita Lennier riéndose.—Desengáñate, mamá, lo mismo estoy que siempre, te lo

aseguro... Es muy bueno lo que pasa; yo no tengo aprensión, pero la tienes tú por mí.

—Es verdad, estás como siempre,—repuso la madre;—por eso, porque estás como siempre, quisiera que te marchases á Sevilla; el campo no te distrae; para nosotras,—añadió en tono misterioso,—voy á confesártelo: en eso te pareces á mí. ¡Ah, Dios mío!, ¿cuándo llegará mi hora?

—¡Tu hora! Cualquiera diría que estás cansada de vivir.

—Lo que estoy es cansada de trabajar, cansada y aburrida; necesito reposo y distracciones; la hora á que yo aspiro no es la de la muerte,—añadió la viuda con un gesto cómico,—es la de la vi-

da, pero la verdadera vida. ¡Jesús, esto es morirse!

—Sí, vivir,—murmuró la señorita Lennier melancólicamente, vivir en grande, fausto maravilloso, trenes espléndidos, la animación del grán mundo, los teatros, las reuniones, las carreras, los paseos, sin hacer nada, sin pensar en nadie, sin ver las torturas de los que están debajo, sin ver los martirios del hambre de los otros; vértigo, torbellino, luz siempre, luz que deslumbre, luz que queme; será una grán existencia, mamá; yo no la quiero.

—Porque en esta casa,—respondió la viuda Lennier irónicamente,—yo soy la chiquilla y tú la señora mayor, la razonable;

todo eso que te asusta, lo has querido tú en otra época: delirabas por ir á un baile, no se me olvida.

La señorita Lennier inclinó la frente con abatimiento; la viuda seguía hablando como si no se fijase en la impresión que sus palabras hacían.

—Óyelo bién: si después de tanto trabajar me distraigo un poco; es decir, distraerme del modo grave que una mujer de mi condición podría hacerlo, será sin que me remuerda la conciencia... Pero ¿á qué decir nada? Tú no eres de este mundo; tú vives con los ángeles... ¡Míralo, ya no me oyes!...—La señorita Lennier había vuelto el rostro hacia el balcón y contemplaba el campo abs-

traidamente, al través de los cristales.

—Me parece muy bién,—prosiguió la viuda de mal humor;— repica ahora con la puntita de los dedos en el cristal. Con tu repiqueteo y con el canto de esas dislocadas voy á volverme loca. —Fué rápidamente á la puerta y gritó:

—¡Lucy, Lucy! Á callar, si es posible.

Cesaron las canciones al punto y reinó un silencio sepulcral. La señorita Lennier volvió entonces del todo la espalda á su madre; no hizo ningún movimiento; quedó en la misma actitud, cesando también de tocar en los vídrios; pero si dejó de mover los dedos,

la lengua no estuvo quieta. Con dulzura inexplicable, exclamó lentamente:

—Pero, mamá, ¿cómo te has levantado hoy?

—¡Ah!, ¿con que también me riñes? Mira, mejor es que continúes tocando en el cristal; es muy bonito eso.

Margarita volvió entonces el cuerpo hacia su madre, y la miró de frente.—No ha sido mi intención reñirte, como has pensado, —añadió con mucha calma;—es que, cuando te incomodas, poquísimas veces por fortuna, tu mal humor descarga sobre Lucy. Demás sabías que no era Lucy la que cantaba y que no se la oye cantar nunca.

—Es posible que no estuviese cantando,—dijo la viuda con más suavidad,—pero no te extrañe, si así me ha parecido; no creo que estés muy descaminada en lo que dijiste; no es que descargue mis iras sobre ese dechado de perfecciones; es que la tengo en la memoria de tal manera, que confundido su voz con todas las voces que oigo, y hasta su figura con la figura de todas las personas que veo. Gracias á Dios,—añadió en voz baja, como si hablase consigo misma,—mi suplicio acabará pronto.

—Ya te entiendo,—repuso friamente la señorita Lennier, á quien no se escaparon las últimas frases de la señora.—Creyérase que tu único objeto, al desear alejarte

de *La Proserpina*, es el de no ver más á Lucy. ¿Piensas acaso abandonarla á su suerte?

La señora Lennier no supo qué contestación dar en el primer momento; estaba segura; en ninguna cuestión podría llevar ventaja á su hija, cuya calmosa actitud y reposado lenguaje la hacían ceder siempre. Eludiendo el punto principal, dijo con ligereza, refiriéndose al menos importante:

—Tú tienes la culpa; esa es tu gratitud para conmigo; si quiero dejar *La Proserpina*, es por tu bién; á ver si mejora tu salud y á ver si cambias de paso, de carácter, con lo que ganaríamos mucho. Yo sé que no tienes ningún mal para morirte; lo sé, sí;

pero ese retraimiento, esa reserva que guardas en todo, te hacen estar peor todavía. Es preciso vivir ¿lo entiendes? Tu salud, tu edad, tu nacimiento, tu riqueza lo exigen. Es preciso que viajes, que veas mundo, que frecuentes la sociedad como en otro tiempo. Cuando tenías veinte años eras la mujer más celebrada de Sevilla. ¿No lo recuerdas? ¿Cuándo fué eso? Parece que han pasado diez generaciones. Yo no sé por qué razón estarás haciendo la dama misteriosa... En fin, no se hable más, porque presumo que eres tú la que vés á incomodarte.

—No, mamá, puedes decir lo que quieras,—exclamó Margarita sonriente. Pero se había puesto

pálida; cerraba las manos con estremecimientos nerviosos, que le era imposible contener. Se repuso, y añadió con grán dulzura sin dejar de sonreír:

—Tu idea de que yo me enfado cuando me hablas de la necesidad de hacer otra vida, es una aprensión, como la de figurarte que estoy enferma. No lo permita Dios.

—Corriente,—repuso la viuda Lennier;—ya te lo dije, yo tengo la culpa... Envidio tu sangre fría. Pero escúchame,—añadió, acercándose á ella y cogiendo su barba con las puntas de los dedos, para hacerla levantar la cabeza y que se encontrasen sus miradas;—escúchame: tú me co-

noces muy bién, es verdad, mejor que yo á tí, aunque debiera ser al contrario; pero, aunque te conozco menos que tú á mí, te conozco lo suficiente para extrañar todo esto que ocurre. Yo quisiera hacer como tú, que vás derecha á tu objeto cuando te propones algo; yo no soy así; yo que tanta energía parece que tengo, le doy mil vueltas antes, con solo presumir que el objeto que me propuse, puede presentar para su realización el menor escollo.

Margarita desvió con suavidad la cabeza de la mano de su madre; hubiérase creído que iba á contestar pronta y adecuadamente; la misma viuda Lennier lo esperaba así, y hasta sentía quizás

haber ido demasiado lejos en su discurso; pero Margarita quedó silenciosa; al desviar la cabeza, la volvió otra vez hacia el balcón, y al cabo de un instante, dijo con mucha complacencia, señalando al camino:

—Mamá, mamá, mira quien viene allí.

La viuda Lennier, muy conforme en su interior porque se interrumpía de aquel modo una conversación que tal vez hubiera podido resultar peligrosa, se aproximó al balcón y miró también.

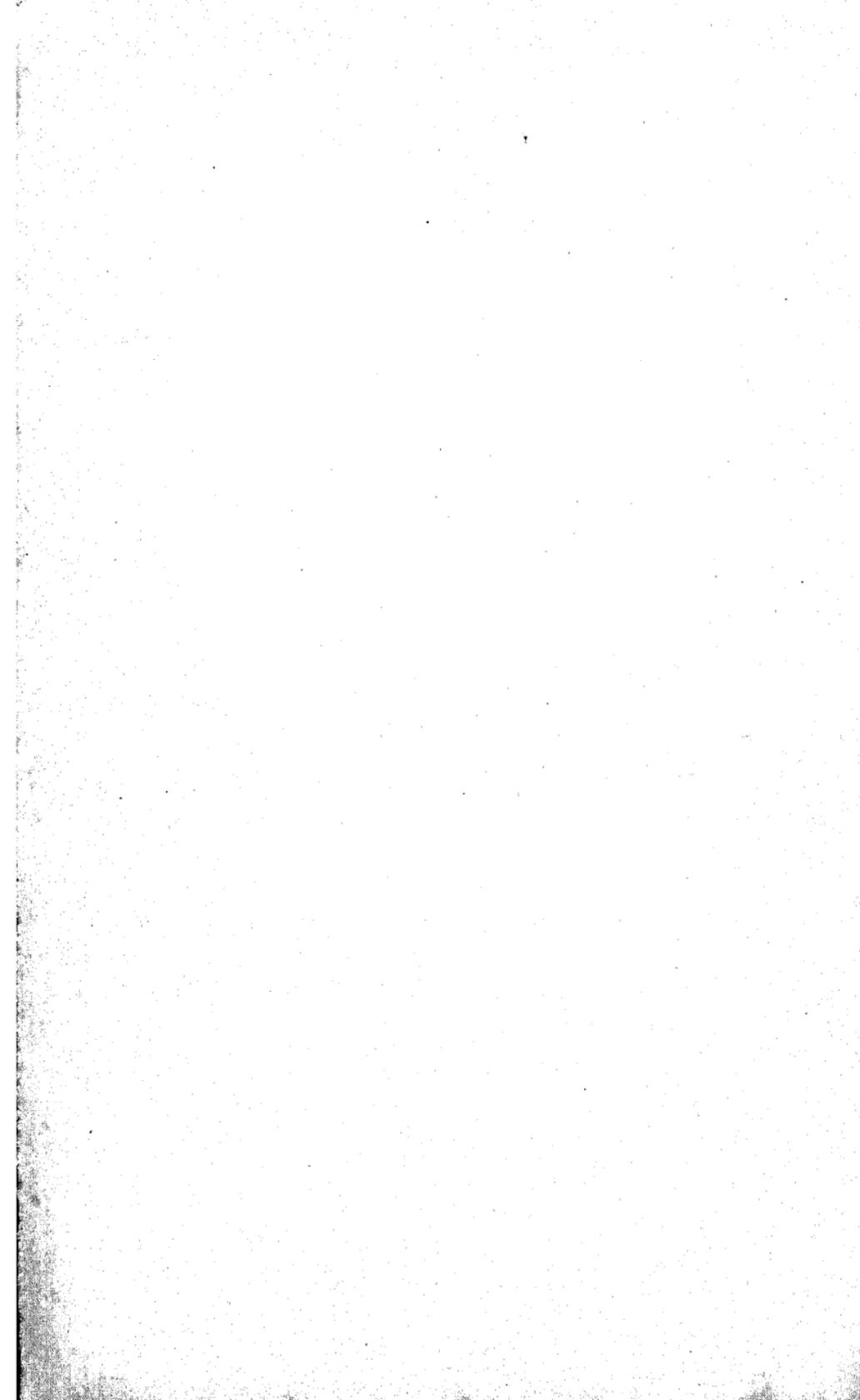
— ¡Calle! — exclamó, — ¡si es Blas Sousa! ¡Mira como se contonea!... No, pues no hace mala figura, — añadió riéndose, — será muy noble ese animal y don Bla-

sito estará muy seguro, porque de otro modo hubiese venido á pie desde Los Jarales.

La senda por donde el viajero avanzaba caía frente al edificio; estaba ya muy próximo el ginete y la viuda Lennier abrió el balcón. Las dos señoras salieron para saludarle.

— Felices, don Blasito, — exclamó la viuda Lennier animadamente; — ya le echábamos á usted de menos... ¡Dios mío!, — añadió de pronto, — ¡se vá á caer! — Y retirándose del balcón corrió á la escalera gritando: — ¡Lucy, Lucy!







V.

DON BLASITO.

No había visto don Blas á las señoras en el balcón, atento solo al caballo que montaba; las voces de la viuda cogieronle de improviso. Su turbación, su azoramiento, conocíanse bién, porque no miró ni contestó, puestas el alma y la vida en su cabalgadura, una yegua viejísima, de lo más inofensivo en su clase.

No era dudoso; la viuda Lennier, había hablado irónicamente, cuando se refirió á la airosa figura

que don Blasito presentaba sobre el *noble bruto*. Vestía don Blasito de negro de piés á cabeza; llevaba hongo y chaquet, un chaquet larguísimo, cuyos faldones caían artísticamente, á un lado y á otro, detrás de la silla. Su traza, por otra parte, no era la mejor para manejar las riendas, y su figura, por esto, no era tampoco todo lo garbosa que á un buén ginete corresponde. Don Blasito no veía mucho, que era otro inconveniente para montar á caballo. Era tan corto de vista, que no se quitaba los anteojos por nada del mundo, unos anteojos de oro muy finos, que daban á este joven mucho carácter. Don Blasito era joven; no tendría más de treinta años.

La triste figura que entonces hacía, no era porque él fuese desgarbado, sino por su poca vista solamente. No podía caminar, ó hacer que caminase la yegua, mejor dicho, como no fuera él mirando en qué sitio ponía el animal la planta, y de ahí sus grandes apuros, por tener que ir inclinándose á un lado y á otro, de tal manera, que podía compararse su cuerpo á un buque en mar tempestuoso. Era imposible creer que don Blasito hubiese andado de aquel modo la distancia que había entre Los Jarales y la colonia.

No sé lo que hubiera pasado si no vá corriendo un mozo de la casa en auxilio de don Blas; porque hay

que tener en cuenta que el caballero estaba completamente azorado de pensar solo que las señoras estaban mirándole. No sabía lo que hacerse don Blasito; la cabalgadura se había parado, y debería sucederle lo mismo; es decir, que no sabría lo que hacerse ella, ni lo que hacer tampoco del caballero que llevaba encima.

Puedo jurarlo; el mozo de labranza fué la Providencia de don Blas, y antes que el mozo, la viuda Lennier. La viuda Lennier había bajado precipitadamente, presumiendo el compromiso en que el caballero iba á encontrarse, para enviar á un mozo en su ayuda, aunque al gritar llamara á Lucy en vez de llamar al mozo.

Pero ya sabeis que tenía á Lucy en el pensamiento, de tal manera, que confundía su nombre con los demás nombres, su figura con las demás figuras, y su acento con el acento de todo el mundo.

Don Blasito descabalgó. Cuando esta obra de romanos estuvo terminada, con ayuda del mozo, irguióse altivamente; pero su cuerpo no dejó de ser, aunque don Blasito hiciera todo lo posible porque apareciese otra cosa, un cuerpo ni alto ni bajo, de carnes regulares, con una cabeza de cabellos negros muy bién peinada, y una cara redonda, ni hermosa ni fea, con una nariz regular, unos quevedos de oro, y detrás de los cristales de los quevedos unos

ojos que parecían muy expresivos, sin serlos, como pasa generalmente á los ojos de los miopes.

La viuda Lennier acogióle afectuosamente. Entraron en el vasto zaguán y anduvieron hacia la escalera, sin que don Blasito hablase. La viuda Lennier lo decía todo. Le dió las gracias por su visita, aunque suponiendo que su visita no era á las señoras aquella vez. Sobre todo, se alegraba mucho de haber tenido ocasión de admirarle á caballo.

Don Blasito, á las últimas palabras de la viuda Lennier, se puso rojo como la amapola. Quería detener en su peroración á la viuda; quería detenerla, y al fin lo hizo para decir:

—Quien se admira soy yo, de verme así tratado por tan ilustre dama y tan excelente amiga.

La viuda se echó á reir; era muy particular; la presencia de don Blasito la ponía siempre de humor agradable.

—Y bién, ¿qué le trae á usted por aquí?—decía la señora Lennier riéndose aún.—¿Puede saberse?... ¿Qué le trae á usted por aquí... á caballo y todo?

—Mi suerte buena ó mala,—contestó don Blasito melancólico.

—Pero hombre, eso es de los cuentos encantados, ¿no se acuerda usted? «¡Ay, hijo mío!, ¿quién mal te quiere que por aquí te envía?» Y el mozo contesta á la bruja: «Mi suerte buena ó mala.»

Y la viuda Lennier que, á pesar de tener hijos de veintisiete años... y de ser viuda, estaba todavía muy fresca y muy apetitosa, imitó con singular donaire la voz cascada de la vieja del cuento.—Pero, hombre,—gritó de pronto como si no pudiese resistir un indomable ímpetu.—¿Quién le ha dado á usted ese caballo?

—¡Corita!—exclamó don Blas suspirando.

—¿Corita? — repitió la viuda Lennier trágicamente.—¿La ha visto usted? ¿Habló usted con ella? ¿Habló ella con usted? ¡Ah, gran Dios!, ya sabía yo que había usted pasado por la criba de alguna bruja. Ese caballo está encantado, ya lo verá usted.

—No sé si el caballo estará encantado, pero sí que me duelen todos los huesos, que ví á Corita en Los Jarales, que hablé con Corita, que Corita me dió el caballo y que Corita vá á venir.

—¿Que viene?—gritó la viuda Lennier en el mismo tono de tragedia.

—Viene con don Jerónimo.

—¡Buén Dios!—dijo la viuda entonces, precipitando el paso por la escalera cuanto pudo.—¡Margarita!, ¡Margarita! ¡Que vienen!

Margarita salió al encuentro de su madre.

—¿Qué pasa?—preguntó sorprendida.

—¡Que vienen, infelíz! ¡Que vienen Corita y don Jerónimo!

Margarita se echó á reir del espanto cómico de su madre. Dió la mano á don Blasito, y dijo con su voz de timbre armonioso:

--Mil gracias por haberse acordado de las pobres lugareñas; esto sí que ha sido una prueba de amistad.

La viuda Lennier sonreía benévolutamente y miraba á don Blasito muy complacida; conocíase á leguas que era este personaje muy de su gusto, pero en el sentido más noble se entiende; no podía ser otra cosa, tratándose de una dama de tan alta condición por todos conceptos.

Don Blasito las miraba á las dos muy confuso; intentó pronun-

ciar algunas palabras, pero quedó callado de pronto, permaneciendo de pie, inmóvil, con los brazos caídos, como la estatua de la desolación, pero una estatua de la desolación muy original, ciertamente, con su chaquet larguísimo, de anchurosos faldones, sus lentes, inseparables de la nariz, su rostro bondadoso, de facciones abultadas como las de esos angelotes de los retablos churriguerescos, el hongo, en fin, en una mano y el bastón en la otra.

—Pues señoras,— exclamó, tratando de cobrar bríos;—supe la gran noticia y quise felicitar á ustedes personalmente primero que nadie... Hé ahí la historia. No había coche en Los Jarales y

vine á caballo. ¡Dios me lo tendrá en cuenta!

Realmente, la voluntad de don Blasito sería mucha, cuando tuvo valor para montar á caballo, por primera vez en su vida. Su intención no había podido ser más buena. La viuda Lennier le contempló con verdadero afecto.

—¿Pero ha visto usted, don Blasito?—saltó Margarita briosamente.—Otra hazaña... Y ahora otro grado y una cruz; pero esta vez vá de veras... ¡Cruz laureada nada menos! El tal Enriquito es un Aquiles... ¡Quién había de pensarlo!

La viuda Lennier apretaba la mano que don Blas le había tendido. Sus ojos estaban llenos de

lágrimas. Enardecida la señorita Lennier, no vió aquellas lágrimas de felicidad por los triunfos de Enrique Lennier, convertido ya, gracias al tiempo y á su buena sangre nunca desmentida, en un magnífico capitán de húsares, bravo como un león y famoso como el Cid, con sus altos hechos... aumentados y corregidos seguramente por las fantásticas imaginaciones andaluzas. Don Blasito no vió tampoco la emoción de la viuda Lennier, porque estaba embobado oyendo á Margarita, y mirándola... mirándola al través de sus espejuelos, como podríamos mirar una cosa del otro mundo, un algo sobrenatural, grandioso, al que adorásemos

de rodillas, con la triste convicción, no obstante, de que nunca podremos llegar hasta él.

Como si Margarita hubiese creído que se entusiasmaba ya demasiado, detúvose de pronto y volvió á su dulce quietud. No quedó de su grán brío nada más que un ligero matíz sonrosado en sus mejillas y en su frente, de una blancura incomparable y una palidéz extraordinaria. Aquel ligerísimo carmín de que su rostro habíase teñido, dándole momentáneamente una transparencia sonrosada é ideal, era en la señorita Lennier un caso muy raro, porque nunca veíase cambiar la expresión meditabunda y fría de aquel rostro blanco de virgen asceta.

Pero don Blasito no pudo seguir admirándola; la joven se había dirigido otra vez al balcón; quedó allí, detrás de los cristales, de espaldas á él, como si se encontrara sola.

—Vamos, señor don Blas—dijo la viuda, muy amable, sentándose y acercando una silla.—Siéntese usted aquí, muy cerca; cuénteme usted algo de lo que pasa por el mundo... ¿Margarita?—añadió de pronto, llamándola.

Margarita pareció sorprenderse al oír aquella voz, demostrando con esto que, en realidad, creía estar sola.

—¿Qué quieres, mamá?—contestó como azorada.

—¡Pero, mujer, parece mentira que tan pronto subas al limbo, después de esos entusiasmos bélicos! Acércate y oye las mil cosas que don Blasito tendrá que contarnos.

La señorita Lennier permaneció de espaldas casi, y contestó con un leve encogimiento de hombros. A la par, dijo:

—Voy al punto, aunque desde aquí le oiré lo mismo. Estoy mirando una cosa: *Mañón* también está de fiesta; hoy madrugó más que de costumbre.

—Sí, para coger su borrachera más pronto—contestó la viuda Lennier, arrugando por un instante el entrecejo.—¡Es grande el hombre ese!—Y siguió en voz

baja hablando ya con don Blasito:—Yo le aseguro á usted que el viejo insufrible y otra personilla, á quien usted y yo conocemos mucho, están en la colonia porque hay madres que son débiles con sus hijos. Esa tiene la culpa de que estén aquí,—y señaló á Margarita.

Pero don Blasito no la escuchaba, mirando desoladamente el talle gentil de la señorita Lennier. Volvió los ojos después hacia la viuda con expresión tímida y quejumbrosa, que pudo adivinarse más que verse, á través de sus espejuelos.

El rostro de don Blasito y la mirada parecían decir:

—¡Está viendo á *Mañón!*.....

¡Mañón, el viejo borracho, á quien vé todos los días, le atrae más que este pobre individuo, á quien vé muy de tarde en tarde... y que no es *Mañón*!

La viuda Lennier comprendió indudablemente la mirada. Moviendo la cabeza á un lado y á otro, lamentóse en una expresiva mímica, del carácter de la señorita Lennier. Se llevó un dedo á la frente, encogiéndose de hombros, y don Blasito pudo comprender que esta segunda parte de la mímica quería decirle:

—Hay que convencerse, está tocada de la cabeza.

Pero era preciso convenir en que la viuda Lennier había dicho, ó dado á entender todo esto, con

un aire que tenía mucho parecido con aquel que usó para felicitar á don Blas por lo bién que *caía* á caballo.

¡Demás sabía don Blasito que la señorita Lennier tenía su cabeza muy firme, y un entendimiento superior al suyo! ¡Demás lo sabía también la viuda Lennier!

Resignóse don Blasito y se dispuso á satisfacer el ansia de noticias de la viuda.

Se habló de Sevilla, del acto de arrojó de Enrique Lennier, de la recompensa que había recibido. Habíanse leído telegramas muy extensos, y los periódicos relataban con entusiasmo aquel acto singular de arrojó, tan común por lo demás en los oficiales del

ejército español... La conversación fué animándose y bajando de tono á medida que se animaba; convirtióse al fin en misterioso cuchicheo; alguna vez sobresalía en el diapasón tal ó cual frase, por haberla pronunciado la viuda con impaciencia, ó don Blasito, clamorosa ó admirativamente. Por estas palabras que se salían del cuchicheo misterioso, como pajariños que saltan del surco para caer de nuevo, conocíase que no eran asuntos del alma los que allí estaban dilucidándose, sino del bolsillo simplemente... del bolsillo de la viuda Lennier. Hubiérase podido sacar en claro con solo oír aquellas palabras sueltas que don Blas era el segundo confidente

de la viuda Lennier, pero el de más confianza, aun siendo el segundo.

En efecto: la viuda Lennier podría carecer de escalpelo para ahondar hasta lo último en el corazón de su hija; pero no le pasaba lo mismo, por fortuna para ella, con los demás seres; tenía *buén ojo*, como solemos decir, para conocer á las personas. Sabía muy bién que el aspecto asustado de don Blasito, su turbación, su cortedad, eran solo cuando la señorita Lennier estaba delante... aunque fuese de espaldas. Pero don Blasito no era tonto... y le era muy adicto. La viuda Lennier, en una palabra, había encontrado su hombre... Juzgo al

lector bastante benévolo para que no piense mal de la afirmación anterior; al decir su hombre, quiso decir, el hombre que la sucediese en la dirección de la colonia.



VI.

MENSAJE MISTERIOSO.

La señorita Lennier parecía muy ajena á lo que su madre y don Blasito hablaban. Como si hubiera olvidado por completo á las personas que había en el gabinete, siguió mirando con grán atención á un hombre que iba de un lado á otro, en la anchurosa planicie que se extendía delante del grán edificio. Aquel hombre era *Mañón*.

Cualquiera hubiese pensado que la figura original de aquel sugeto

la absorbía extraordinariamente; sin embargo, no presentaba *Mañón* atractivo ninguno, á juzgar á simple vista, por su estatura elevada, su cuerpo delgado, erguido, su vejez notoria, y su traje, compuesto de un pantalón de lana obscura, una blusa azul, corta, una gorra sin visera y unos zapatos de becerro, claveteados formidablemente; llevaba un grueso garrote, en el que solía apoyarse á menudo, como si sus piernas no estuviesen muy seguras. Este dato se extrañará menos que ninguno, si se recuerdan las palabras que pronunció la viuda, aludiendo al personaje que ahora conoceis.

Don Blasito no podía observar el rostro de la señorita Lennier,

ni la viuda tampoco; era imposible que hubiesen visto, por lo tanto, la ansiedad, la inquietud, el verdadero terror, con que seguía la señorita Lennier las evoluciones del paseo de *Mañón*.

Hubo un segundo en que pareció que desfallecía.

Mañón detuvo su marcha irregular y miró azoradamente á un lado y á otro, como para asegurarse de que no era observado. Levantó luego los ojos y mirando á la señorita Lennier, hizo con la cabeza un expresivo ademán de asentimiento, como si pareciese que la indicaba estar muy seguro de alguna cosa.

La señorita Lennier, vuelta de espaldas á su madre y á don Bla-

sito, no podía de ningún modo ser observada por ellos: no pudieron ver, por lo tanto, la horrible transformación que había ido operándose en su rostro.

Era indudable; entre la señorita Lennier y *Mañón* se habían cruzado algunas señas misteriosas. *Mañón* había puesto al corriente á la señorita Lennier de alguna novedad que le produjo horror; fué esta impresión tan grande, que no encontró fuerzas para disimularla. Se retiró del balcón y anduvo por el gabinete como indecisa. La viuda Lennier levantó los ojos hacia ella, suspendiendo la interesante conversación con don Blas, y lanzó un grito al ver el rostro de su hija.

Se levantó presurosa; pero por pronto que quiso acudir, fué tarde. La señorita Lennier había caído al suelo desmayada.

No quiero decir la impresión que esta escena produjo en don Blasito; jamás presentó figura tan extraña un hombre; iba de un lado para otro, sin darse cuenta; los quevedos cayéronsele de la nariz, caso estupendo y nunca visto, lo que fué causa de que él tropezase cada vez que quería moverse. No se le ocurrió llamar... No hubiera podido hacerlo tampoco, aunque se le ocurriera.

La viuda Lennier, sin hablar, había cogido la cabeza de su hija. El rostro de la señorita Lennier estaba lívido; sus dientes apreta-

dos, hasta parecer próximos á partirse; su fina nariz se dilataba como para absorber ansiosa, en más cantidad, el aire que á sus pulmones era necesario.

La viuda Lennier, sentada en la alfombra, estrechó sobre su pecho el admirable busto y la cabeza rubia de su hija. En su rostro pintábase un verdadero dolor. Después de aquel grito de sorpresa y angustia, permaneció con su hija en los brazos, muda, sombría, sin acordarse de que don Blasito estaba presente. Alguna vez movíanse sus labios de un modo imperceptible casi, para repetir las mismas palabras:

—¡No es nuevo esto! ¡No es nuevo!

Al fin, tuvo don Blasito un instante afortunado y dió con la escalera. Llamó desde allí á grandes voces, y dispuso que fuesen á Los Jarales por un médico.

Hubo en la casa un grán pánico; hombres y mujeres corrían de un lado para otro. Un hombre púsose en camino inmediatamente en busca del doctor. La señorita Lennier era amada y respetada por todo aquél que la conocía. En su casa, en su hogar, era un verdadero culto el que sentían todos hacia ella, desde la madre hasta el último de los criados.

Don Blasito volvió al gabinete como Dios le dió á entender. Al llegar á la puerta, tuvo la dicha de encontrar sus quevedos: se

los puso y fué ya otro hombre: la seguridad de que tenía los quevedos montados en la nariz, parecía prestarle cierta decisión en medio de su grán pesadumbre.

La viuda Lennier ordenó que despejasen el gabinete, y empezaron á salir con silenciosa tristeza.

—Lucy, quédate,—dijo la viuda con imperio.

De las personas que se alejaban se destacó una joven, apuesta, de grandes, de inteligentes ojos pardos y rostro agraciadísimo. Volvió hacia el grupo que formaban madre é hija.

—Ayúdame á levantarla—añadió la viuda Lennier con la misma sequedad.

Obedeció la joven silenciosamente, dejando ver en sus agraciadas facciones una expresión de despecho.

En aquel punto, la señorita Lennier empezó á volver de su desmayo. Miró con extrañeza á todas partes y sus ojos fijáronse con azoramiento en la viuda Lennier y en Lucy.

—¿Qué..... estás mejor?—preguntó la madre, muy conmovida.

—Sí, estoy mejor,—respondió ella distraidamente, y añadió, sonriéndose:

—No sé lo que me habrá pasado... La verdad es que me ocurren cosas muy extrañas.

—Sí, muy extrañas,—repitió la viuda Lennier, pensativamente.

La oyó su hija, y levantó hacia ella los ojos con profunda inquietud; pero la viuda Lennier no advirtió esto, porque puso su atención en una voz formidable que se oía hacia la escalera. Aquella voz dijo:

—Ya está aquí el médico, que era lo que hacía falta; verán ustedes como todo el mundo está bueno.—Y crujía á la par la escalera como si fuese á hundirse.

Después de la voz atronadora, oyóse otra voz melosita:

—Pero Dios mío, ¿qué ocurre en esta casa?

La viuda Lennier y don Blasito miráronse con cierto terror. Margarita sorprendió aquella mirada y sonrió animadamente.

—Vamos—dijo con dulzura,— hay que arrostrar el peligro.

—La habíamos olvidado... Dios nos valga.

Así se lamentó la viuda Lennier, con aquel tono que solía inspirarle el nombre ó el recuerdo de Corita. La verdad era que la viuda Lennier había recobrado todo su ánimo al ver lo pronto que lo recobró su hija.

Lucy permaneció de pie, inmóvil, silenciosa, en un ángulo del gabinete. En su rostro bellísimo reflejábase entonces una grán expresión de orgullo.

La viuda Lennier se fijó en ella, y dijo ásperamente:

—Puedes irte, ya no haces falta.

—Esperaba que usted me echase — contestó ella con sequedad, y se alejó sin volver el rostro.

La señorita Lennier dijo apaciblemente:

—Lucy, gracias por tus cuidados.

Lucy pareció titubear, cual si quisiera detenerse y volver; pero, como si un impulso superior la hubiese impelido, siguió andando y murmuró temblorosamente, sin volver apenas el rostro:

—No tienes de qué darlas, Margot.

—¿Vés tú?—exclamó la viuda Lennier cuando Lucy hubo salido;—á eso te expones por tu generosidad para con esa rebelde criatura.

La señorita Lennier no tuvo tiempo de responder. Un nuevo personaje había en la puerta del gabinete.



VII.

LA GRAN CORA.

— Adelante, adelante, señor don Jerónimo,—dijo la viuda Lennier con mucho agrado.

— Adelante con la compañía,—añadió la señorita Lennier, riéndose.—Yo supongo que la compañía tendrá sitio para pasar...

— En efecto, ya pasó... ya la tienes ahí, ya se ha filtrado;—dijo en voz baja la viuda.

¡Oh, Corita!

Había ocurrido lo siguiente: El llamado don Jerónimo, estaba en

la puerta del gabinete, obstruyéndola toda con su figura inconmensurable, porque, podía decirse sin rebozo á primera vista: Don Jerónimo era el grán médico.

Tuvo don Jerónimo un segundo de vacilación, antes de reducir su talla colosal para introducirla por la puerta, que no era tampoco de grandes dimensiones. En este instante fué cuando se oyó la vocecilla atiplada y melosa; á la vez, aprovechándose de aquel momento de incertidumbre en el gigante, otra figura escuálida se introdujo como una cuña entre el grán cuerpo y la madera del bastidor; quedó allí embutida un segundo, y entró en el gabinete luego, de pronto, como una cuña

que se escurre. Esta figura escuálida era Corita. Se había filtrado, como dijo muy oportunamente la viuda Lennier.

Allí estaba el personaje que tan profundo horror producía á la viuda. Era una mujercilla de unos cincuenta años, de estatura pequeña, metidilla en carnes, sin ser gorda, cari-ancha, de ojillos grises, redondos, clara de cejas y de lengua larguísima... Lengua ¡oh lector! que era el motivo de aquel miedo invencible, que se apoderaba de todo el mundo, como de la viuda Lennier, cuando empezaba á moverse en su boca, porque nunca se movía para nada que fuese bueno, justo, razonable ni humano. Habría sido ru-

bia en mejores tiempos, pero en la época en que me honro dándola á conocer como una de las muestras más acabadas de patronas de huéspedes andaluzas y españolas, la cabeza de este ínclito personaje había tomado un color indefinible; el pelo de aquella cabeza no era rubio, ni negro, ni castaño, ni grís. Los ojillos, ya lo dije, sí, eran grises, de un grís acerado, que brillaba extraordinariamente detrás de sus párpados entornaditos, ya que no podían velar aquel brillo las pestañas, por carecer casi de ellas. Su carrilla, blanca y lustrosa, como si la acabasen de barnizar por algunos sitios, no expresaba ciertamente, aun con el otro brillo,

mal oculto, de sus pupilas de acero, lo que en aquel corazón conservábase guardado. En realidad, no había motivo para creer que esta persona pudiera inspirar un miedo tan grande, como no fuera miedo á la desgracia de tener que oirla. Eso sí, no había paciencia que resistiese cuando Cora tomaba la palabra. Su aspecto, á primera vista, no producía repulsión; pero sí, entrábase en sospecha al punto, de que llegaría á inspirarla con muy poco que las cosas viniesen encontradas para ello. Y es que, hasta después de algún tiempo de conocer á una persona no sabía Cora darse á conocer ella misma, exponiendo poco á poco y modestamente las

altas cualidades de que el Señor, pródigo con sus elegidos, habíala hecho poseedora.

Aunque critiques mi flaqueza, ¡oh lector amado! no quiero perder la ocasión de dar algunos otros detalles de este sér tan digno de estudio. Corita la llamaba la viuda Lennier; Cora la llamaban generalmente, y doña Concha susurrábase que se llamó en otro tiempo, sin que haya quedado apunte alguno que pueda ilustrarnos con referencia al apellido de hembra tan honorable.

Corita, Cora, doña Concha... se llamará como vosotros lo deseis; pero el último nombre yo no lo estampo más en estas páginas pecadoras, no por falta de respeto,

no por quitarla el dón, justísimo tributo que merece quien, como Corita, lleva en sí los dones todos, sino por no ofender su modestia, haciendo pasar á la historia, en fuerza de repetirlo, el verdadero nombre que los hados escogieron quizás para ella.

Corita, digo, era andaluza también, ecijana para más detalles. Casó con un carpintero, hombre de mucho saber en su oficio y de mucha reputación en todas las tabernas de Écija, aquel pueblo famoso, donde se sabe beber, y se bebe como en ninguna ciudad del mundo. El buén señor bebióse sus ahorros modestamente, se bebió luego unas cuantas casas de que era propietario, se bebió,

en fin, el taller de carpintería, y se murió seguidamente de haberse bebido todo.

Corita la ecijana salió de su tierra con cuatro hijos, tres hembras y un varón; es posible que conozcáis con el tiempo á las hembras, aunque no lo aseguro; el varón murió en Cuba, á su debida hora, porque ya sabeis que á Cuba y Filipinas fueron á morir, conforme iba correspondiéndoles, todos los mozos españoles que no tenían para redimirse. Una hija era casada, otra habíase hecho ó pretendía hacerse monja. Restábale un pimpollo de catorce abriles, una muchachita rubia, baja y regordeta como su mamá, y de carácter tan agrio, que, físi-

ca y moralmente considerada, se la podía comparar con un tonelito de vinagre descompuesto, y perdón pido si no hallé otra manera de describir á tan apreciable joven. Fuera del perdón que pedí, yo aseguro, con la mano en el corazón, que era la niña tal como la he retratado.

Corita se agarró primero á la costura al plantar sus reales en Sevilla. Haciendo primores para la gente de su barrio, con ayuda de la hija que después se casó y de la otra á quien daba por el monjío, salió adelante con los suyos. Dejó luego la costura, porque Cora había nacido para más altos fines; su ideal era establecer una casa de huéspedes, y la estableció.

¿Qué se hubiera propuesto Corita que no llegara á conseguir? ¡Oh, portento de mujer!

Se reveló entonces su verdadero carácter. Fué entonces cuando el mundo gozó la inefable gloria de conocer su famosa inventiva para el arte culinario... y para llevar huéspedes á su casa. ¡Oh!, sabios respetables, vosotros hubiérais aprendido en los discursos de Corita, que vuestra ciencia era nada entre dos platos, comparándola con aquellos *bisteques* de Corita, en un plato solo.

En lo que más llegó á sobresalir esta patrona famosísima, fué en el arte de hacer comer á sus huéspedes, no el manjar que les ponía debajo de las narices, sino

el que ella se dignaba decir que era. Como pusiese dos ó tres palos, llamándoles sardinas, de tal modo, con tanta melosidad, con tanta elocuencia y dulzura, sostenía que aquellos palos eran sardinas riquísimas de las mejores que se vendieron en la plaza, que el huésped concluía por quedar muy satisfecho, y hasta relamía sus labios con la lengua, poniendo los ojos en blanco, aunque el estómago, más entendido ó menos resistente, gritase que se había ofendido de una manera vil á unos palitroques, haciéndoles pasar por sardinas.

De este modo comían sus huéspedes correa vieja por *beeftéak* jugoso y tierno; cantos de la calle

por panecillos sabrosos y blancos, y bebían agua de fregar todo lo fregable, por café olorosísimo, importado directamente á Corita por la casa de más renombre por-torriqueña.

Vosotros, sevillanos, ¿no recordais haber visto algunas mañanas en la Encarnación, entre siete y ocho, lo más tarde, una mujercita, mediatibunda, baja, gruesecilla, de aspecto escualido siempre —aunque la abundancia de carnes no haya casado bien nunca con la escualidéz— envuelta la cabeza en invierno en una toquilla de estambre, obscura, (lana riquísima os habría afirmado ella que era), y cubiertos los hombros por una capa de paño de color indefi-

nible, y en verano, con un mantoncillo en forma de chal y una mantilla lacia, de fondo lustroso, cayendo sobre el mantón, y en todas las estaciones, con una talega al brazo, queriendo esconderse de una manera vergonzante, sin poder conseguirlo, tras los velos majestuosos... de los picos del mantón ó de la mantilla? ¿La habeis visto alguna vez? ¡Ella era! Aquella talega, la de la compra.

La recordaríais al punto; de la misma estatura, de las mismas carnes habrá muchas mujeres, es cierto, pero emanaba Corita de todo su sér un algo tan particular, que no podía confundirse con el de ninguna otra de su sexo ni de su oficio. Corita, era Corita.

Era ella solamente. La nota característica de este tipo consistía en aparecer siempre escuálido, aunque comiera á dos carrillos, hasta reventar, aunque estuviese gorda como un sollo, aunque vistiera con tantos bullones y tan galanamente como una mujer puede vestir. Esto, que creereis absurdo, vuelvo á decirlo, era el rasgo más curioso de la personalidad de Corita.

¿Por qué serie de sucesos vivía Cora en aquel mezquino poblachón de quince mil almas, habiendo plantado allí sus reales, de patrona? ¿Por qué una patrona de huéspedes, de más ó menos reales, con principios ó sin ellos, tenía relaciones de amistad con una

tan grán dama como la viuda Lennier? De estos puntos como de otros de grán transcendencia, irá el lector teniendo noticias claras con regularidad oportuna. Ahora solo quiero decir que don Jerónimo, el médico de Los Jarales, había logrado traspasar también la puerta del gabinete. Sentóse con mucho cuidado para no hundir la silla. Cora tomó asiento á la par junto á la señorita Lennier, y el diálogo no fué ya tal entre los circunstantes; se convirtió en monólogo. ¡Corita había tomado la palabra!





VIII.

EN DEFENSA DE LUCY.

Empezó por la primera persona de Los Jarales y acabó por la última. Contó la vida y milagros de todos, varones ó hembras, seglares ó clérigos, ancianos ó jóvenes. Entre palabra y palabra, siempre tenía oportunidad, más ó menos fácil, de introducir algún elogio al valiente capitán Lennier, repitiendo las felicitaciones en tono compungido por la emoción á las dos señoras. Habló del alcalde de Los Jarales, un *pelele*, que había

echado coche en los dos años que llevaba de alcaldía, robando á todo el mundo hasta las cerillas de los oídos; de la hija del alcalde, aquella feucha de Anita Palma. Anita estaba hecha un brazo de mar con las hazañas del capitán de húsares... ¡Es claro! ¡Como si Anita hubiese tenido que ver con nada de esto! Habló de don Agustín, el jefe de los conservadores, aquel hombre tan grande y tan pensativo, con su cara de caballo y su aspecto de sabiondo, sin saber nada por eso, ni quien tal vió. «Por más señas, que había en Los Jarales muchas conversaciones con lo de don Agustín. Decíase que don Agustín quería casarse con Anita Palma; el padre

de Anita no miraba esto con malos ojos. Casando á su niña con el caballo, formaría un buén tronco, y el alcalde arrearía, porque eso era lo que quería el alcalde, arrear siempre... Podían figurárselo las señoras; de lo que se trataba era de unirse los dos; el liberalote y el conservadorazo, para comer juntos á dos carrillos, sin tener que turnar ni aguardarse el uno al otro. Pero Anita había dicho que el conservador para ella, como si no; ella, desde que se fué el capitán, nada tenía que conservar, ni quería conservar nada tampoco; es decir, que tenía el corazón despedazado, y lo mismo le daba aquí que allí; pero con tal que no la casaran con nadie.»

Lanzó un grán suspiro Cora, y preguntó sin dar tiempo á que hablaran:—¿Será otra víctima? «Tenían que convenir con ella en que Enriquito había hecho los grandes destrozos en la colonia; aquello no había sido un oficial de caballería, aquello había sido un ciclón... ¡Jesús, hija, qué niño!» Respiró con ansia. La viuda Lennier y don Blasito quisieron hablar, aprovechando la coyuntura, á ver si lograban que no prosiguiese; pero Cora no era mujer que se arredrase; tomaba sus medidas muy bién y fueron todos arrollados ante su ímpetu asolador. «La víctima verdadera estaba allí, en la colonia, en aquella misma casa; es decir, víctima

hasta cierto punto, según como lo tomase la señora viuda Lennier; no debían ofenderse de que ella, Corita, tocara aquella cuestión. Corita era persona como de la casa; además, lo que es á silenciosa y discreta no la ganaba nadie; eso lo sabía todo el mundo. En cuanto al médico don Jerónimo, era una buenísima persona, de mucha confianza también, y no había cuidado ninguno. Sí, señoras, con Lucy había que tener mucho tiento. ¡Si Corita hubiera dicho una parte siquiera de todo lo que ella había podido saber! Y lo que había sabido era por casualidad; porque lo que es ella, no tenía la mala costumbre de meterse en los asuntos de nadie.»

La viuda Lennier dió aquí grandes muestras de impaciencia, que no quiso ó no pudo disimular. La señorita Lennier miró á Cora con grán inquietud. Don Blasito se mostró también muy alarmado; don Jerónimo fué el único que siguió impasible, esperando pacíficamente el instante en que le dejaran hablar.

Pero Corita no vió nada, ó no demostró haberlo visto. Proseguía como un caballo desbocado. «Si llegó á enterarse de la cosa, había sido por casualidad; aquella mañana había estado don Manuel en Los Jarales; ya sabían todos que era don Manuel uña y carne de Lucy; aunque don Manuel pareciera un arroyito

manso, era un mar de fondo.» — Don Manuel, para que lo sepan ustedes, ha ido esta mañana á la administración á poner un certificado. ¿No saben las señoras á quién iba dirigido? Al señor don Enrique Lennier y Torres de Aracena, capitán etcétera en Filipinas, para entregarlo donde se encontrara.

La viuda Lennier quiso hablar entonces; lo intentó, pero Corita no se detuvo; las dos hablaron á la par, sobresaliendo la voz de Corita, hasta que la viuda optó por callarse. «No, lo que es la letra del sobre escrito, no era de Lucy; era de don Manuel; ella, Corita, no pudo verla, pero el de telégrafos, aunque no conociese

mucho la letra de Lucy, porque no había grandes razones para ello, conocía muy bien la de don Manuel, el maestro de escuela de *La Proserpina*. ¿Qué habría escrito Lucy en aquella carta? ¿Por qué la habría escrito? ¿Por qué hacía tanto misterio de ella? Por supuesto, pasan cosas en el mundo, que no se creerían si no se estuvieran viendo.» Siguió hablando aún. Quisieron interrumpirla á toda costa, pero fué imposible; hallaba coyuntura para meter baza de nuevo, empalmando casi, y no había ya poder humano que la contuviera. Debe decirse en honor de Corita, que su verbosidad hacía daño á todo el mundo, menos á ella; el entu-

siasmo, el frenesí, la furia de su lengua por moverse, no la hacía perder el juicio, como ocurre con gran frecuencia á los charlatanes. Hablaba lo que quería hablar solamente, sin que se hubiese deslizado nunca en aquello que le tuviera cuenta no decir. ¡Ah Dios, cuántas cosas se hubieran sabido si Corita, además de tener la lengua larga, la hubiese tenido resbaladiza! Así, tal como la conocéis y todo, era Corita un pozo profundo lleno de secretos.

Siguió Cora hablando, y la viuda Lennier miró suplicante á don Jerónimo, como demandándole su auxilio para callarla. La verdad es que la viuda Lennier hallaba interesantísimo el discurso de Co-

ra, en lo concerniente á Lucy, á su carta, al maestro de escuela de *La Proserpina*, y al brillante y batallador capitán. Lo que no hallaba era modo de encauzar aquel discurso por donde ella hubiese querido. Don Jerónimo era el único que lograba imponer silencio á Corita, exasperándola, seguramente, hiriéndola en lo más vivo, porque no había ofensa más dura para Cora que la de hacerla callar. Se le revolvía la bÍlis de un modo horroroso; entonces había que ver á Cora; con la bÍlis revuelta, porque vosotros, señores míos, con todo lo que de ella hablé, la conoceis superficialmente, por su más insignificante aspecto.

Don Jerónimo había permane-

cido impasible; como convencido de su poder sobre Cora, la dejaba que se esplayase; la misma convicción que tenía de su poder sobre ella, era causa de que no demostrara mucho empeño en callarla. ¿No tenía la seguridad de que callaría cuando él quisiera? Pero comprendiendo y atendiendo la súplica elocuente y discreta de la viuda Lennier, tomó la palabra para decir:

—Corita, ¿quiere usted callar para que hablen estas señoras?

La voz del médico retumbó como un estampido, aturdiendo al auditorio; pero todos los ruidos de los cañones y los torrentes juntos, eran preferibles á la monstruosa palabrería de Cora, como

esas telas sin fin, que dan vueltas siempre en el cilindro.

Á Cora le hizo dar un brinco el sobresalto que la voz del médico le produjo; pero no se aturdió por nada, y siguió hablando rápidamente aún. Aunque hubiera querido callarse, no habría podido hacerlo de pronto, por el tremendo impulso que antes llevaba. Le hubiera estallado la lengua en la boca. Don Jerónimo la cogió por las muñecas súbitamente, y gritó con voz formidable:

—¡Ó calla usted ó muere!

Cora calló. No era posible resistir.

Entonces, la señorita Lennier, dijo, de aquel modo apacible que tanto agradaba en ella:

—Corita, le damos las gracias por su bondad en venir á felicitarnos.

Cora la miró de una manera singularísima, mirada que no sabemos si los otros observaron, pero que hizo bajar los ojos á la señorita Lennier.

—Supe la noticia por don Blasito,—contestó Cora. Iba á continuar, pero la viuda se adelantó rápidamente, añadiendo:

—Es más de agradecer, porque habrá usted tenido que dejar su casa abandonada. Me han dicho que tiene usted ahora bastantes huéspedes.

—Muchos, mi señora doña Matilde.—Y Corita empezó á contar por los dedos... pero don Jeróni-

mo estaba alerta, con la mano preparada para echársela encima, y hacer que callase, por todos los medios posibles, á la menor indicación de la viuda Lennier.— Muchos; los de las cartillas evaluatorias solamente son tres; tres, el jefe de orden público, ese que mira de medio lado, cuatro; el notario... Ahora dicen que se casa, cinco... Cinco; el teniente de la Guardia civil... ¡Ay, qué teniente! ¿Querrá usted creer que ahora anda detrás de la sordita? Ya lo creo; ¡y que no vá á darse limpión ni nada! Bueno... El teniente de la Guardia civil, seis; el sordo Bonilla, siete... siete. ¡Vaya un sordo sin vergüenza! El de telégrafos, ocho; después está el

que se ha venido de Jimena de la Frontera echando pestes de aquel pueblo; es decir, del pueblo no, del cacique, que dicen que es más malo que arrancado... Es ese que vendrá á hablar con usted para un lote de tierra en la colonia. Por supuesto, lo que es Jimena de la Frontera se vá á despoblar como no acaben pronto los que ván á regenerar á España ahora. El de Jimena nueve; está don Jerónimo también, diez; luego, todos los ambulantes; en el pueblo, á Dios gracia, hay mucha animación. ¿Vé usted? Pues con tanta gente, no es por alabancia, —añadió Cora, arreglándose la mantilla,—pero aquí está don Jerónimo, que no atestiguo con

muertos; todos están contentísimos. Que diga lo que es mi asistencia, lo que es mi aseo, lo buena y abundante que es mi comida... Lo que es de abundante, no digo nada, don Jerónimo también es testigo.

Don Jerónimo contestó prontamente con su voz atronadora:

—No es porque esté Corita delante, tampoco; pero eso sí, nos tiene á todos hartos.

—¿Lo vé usted?—gritó Cora orgullosa. Pero el médico añadió con su atronadora impasibilidad:

—Hartos de vivir en el mundo.

La viuda Lennier no pudo aguantar la risa; don Blasito, que no se reía nunca,—es un dato que no conocíais aún,—se echó á reir

también. La señorita Lennier, correcta y comedida siempre, no hizo más que sonreirse, por atención sin duda á la gracia de don Jerónimo, y miró á Corita, como recomendándole prudencia.

Corita no la vió; miraba á don Jerónimo, echando veneno y llamas por los ojos.

—Pero, don Jerónimo,—dijo la viuda Lennier, temblando quizás, ante el pensamiento de que á Corita se le revolviera la bñlis, —¿por dónde ha venido usted tan pronto? Le habrá encontrado á usted el muchacho al salir.

Así era. Don Jerónimo fué explicándolo como pudo, con aquella voz de trueno; el mozo le había encontrado apenas salió.

Llegaba él á la casa entonces. Habiendo sabido don Jerónimo que Corita iba á la colonia, quiso acompañarla para felicitar también á las señoras. La viuda apenas le dejó acabar.

—Pero, dígame usted, Cora; hablando aquí, para nosotros, y con entera franqueza: ¿usted cree con seguridad que la carta era de Lucy?

—¿Qué carta?—preguntó Cora muy sorprendida, como si le hablasen por primera vez de aquello.

—Ya te lo diría yo de otro modo—pensó la viuda Lennier muy mortificada; pero se echó á reír, y añadió:

—La que dice usted que ha

certificado don Manuel para mi hijo.

—Lo que yo veo con verdadera claridad,—expuso la señorita Lennier juiciosamente,—es que la carta la escribió don Manuel, sin que exista una razón para figurarse que no fuera suya y sí de Lucy.

La viuda Lennier se encogió de hombros. «¿De quién había de ser la carta sino de Lucy?... Y si había alguna duda, ella, la viuda Lennier, se encargaría de aclararla... Que perdieran cuidado.» Corita contestó con indiferencia:

—Yo solo sé una cosa: que don Manuel no escribe á nadie en su vida, y que don Manuel y Lucy parecen la rosa y el capullo, se-

gún lo juntitos que están siempre, diciéndose cositas y cuchicheando en voz baja. ¡Grán Dios... si eso no se vió nunca!

—Pero no es una razón esa, para que la carta sea de Lucy,— se atrevió á decir don Blasito.

—¡Ah!... ¿Con que usted también la defiende?—preguntó la viuda Lennier con muy mal gesto.

Don Blasito iba á disculparse muy turbado. La señorita Lennier no le dejó hablar.

—Pero, aunque fuera la carta suya,—dijo, con su tono persuasivo y afable,—¿no te parece, mamá, que Lucy está en su perfecto derecho de escribir á quien quiera? Es mayor de edad y enteramente libre de hacer lo que le plazca.

La viuda Lennier se sintió verdaderamente molesta; una sorda irritación, contenida difícilmente, coloreaba sus facciones. No se la veía tan excitada como no fuese por el asunto de Lucy.

—Es increíble que discurras así,—dijo, procurando no dejarse llevar de su violenta irritación,—tú que discurras y hablas siempre como una doctora. ¿Yo no soy nadie en mi casa? Entonces, esa criatura rebelde ¿no es nada para nosotros? ¿No es tu sangre, que es lo mismo que si lo fuese mía? Entonces, ¿la pusieron bajo mi vigilancia y dirección para que viva en el mundo sin recato, y como si á nadie tuviera que dar cuenta de sus acciones? Decías

esta mañana, inspirándote en tu corazón sensible solamente, que si yo pensaba abandonar á Lucy, caso que nos marchásemos de *La Proserpina*. ¿Qué modo de contradecirte es ese? Si es libre, si es sola en el mundo, si yo no soy nadie para ella, ¿qué necesidad tiene de mí?

Margarita miró á su madre tranquilamente. En su rostro blanco y apacible había una expresión de beatitud y dulzura. En tono que correspondía á la perfecta serenidad que su semblante reflejaba, repuso:

—Yo creo que Lucy se rebela contra nosotras, porque nosotras no la tratamos como corresponde. Hay que tener en cuenta su ca-

rácter, su modo de ser. En esta casa debía ocupar Lucy igual sitio que ocupamos nosotras, porque es sobrina carnal de mi padre, hija de un hermano suyo, prima hermana mía... ¿Lo entiendes, mamá? Te lo digo para que hagas memoria... Pero solo ocupa el puesto de una criada, más ó menos bién vestida, hasta hace algún tiempo, y desde entonces, desde que vió que se la trataba así, vestida como las demás criadas, porque su carácter no podía avenirse con otra cosa, admitiendo en los vestidos lo que en el corazón no se le quiere dar. Como criada la hemos tratado al admitir su reto, que no ha sido reto, sino consecuencia sencillamente

de nuestros actos. Y no siendo criada, aunque como á tal se la trate, ¿por qué te sorprende que esa continua humillación en que está viviendo, la haya podido hacer violenta, brusca, irascible y exageradísima quizás en sus sentimientos y en la manera de expresarlos?

La viuda Lennier se levantó y anduvo muy agitada por el gabinete, sin hacer caso de sus visitas, que dicho sea en verdad, le importaban muy poco, excepción hecha de don Blasito, en quien ponía toda su confianza. Detúvose de pronto, y dijo á su hija con una gravedad verdaderamente desacostumbrada en ella:

—No sé por qué causa has sa-

cado este asunto á relucir; pero no me importa continuar, puesto que todos vivimos en el secreto. No habré tenido nunca por Lucy una grán inclinación, porque su carácter altivo y brusco, no ha simpatizado nunca tampoco con mi manera de ser. Cuando tu tío el de Zaragoza, por consejo de mi hermano Pepe, de infelicísimo recuerdo, tuvo la idea descabellada de encomendarnos á su hija Lucy, sola en el mundo y sin un cuarto, tu padre me consultó, y yo fuí la primera en pedir que viniese aquí la niña con nosotros para amarla, para educarla, como á tí misma y á tu hermano Enrique. ¿Has perdido tú también la memoria? ¿No recuerdas los tor-

mentos que te dió, aunque era menor que tú? ¿La fiereza con que siempre se ha impuesto á todos nosotros, cuando niña y cuando mujer? Más tarde ¿qué ha hecho? ¡Qué sé yo quién podría decirlo! Cora sabrá algo quizás; don Manuel, mejor que Cora. Pero si no hay quien te lo diga, todas las consecuencias podrían indicártelo, si es que ya no lo supieses. Yo por mi parte no soy la que debo hablar. Aunque Lucy es menor que tú, sabe más de la vida que lo que tú puedes suponer; tanto, que sería un maestro peligrosísimo.

Al oír Margarita el nombre de su tío Pepe, había mirado á todas partes azorada, como buscando

con la vista un sér invisible y terrorífico. Frío sudor bañó su frente. Procurando serenarse en un esfuerzo supremo, exclamó con firmeza, anteponiéndose á Cora, que tenía un deseo horrible de tomar parte en la discusión, á juzgar por sus impacientes demostraciones:

—Tú exageras, mamá. Quizás Lucy esté muy lejos de ser lo que te figuras, y en ese caso, cometerías una grán injusticia.

—¿Una injusticia?—repitió la viuda Lennier violentamente.

—Más que eso aún; un crimen —añadió la señorita Lennier, cuyo rostro se había puesto lívido; —no me lo dices; pero por muy poco que sepa yo del mundo,

aunque no sea ninguna niña, mis sentidos, gracias á Dios, no están cerrados del todo: oigo, veo y juzgo como Dios me dá á entender, y supongo todo lo que de Lucy me puedan decir, de modo que no es preciso que me lo diga nadie. Todo eso que se habla de Lucy en la colonia y, fuera de ella, puede ser también una calumnia, porque no hay nada que lo pruebe, ni está aquí Enrique tampoco para que lo asegure. Tú misma, por no degradarte, según creo, no has querido escribir á Enrique preguntádoselo; yo, como tú comprendes, no soy tampoco la llamada á hacerlo.

—No le escribí por bién de Lucy, esa criatura, ingrata y per-

versa,—respondió la viuda Lennier, temblorosamente,—porque tengo el presentimiento de una verdad horrible. Por otra parte, escribir á Enrique preguntando: «¿Es verdad que Lucy ha sido débil contigo y está deshonrada?» sería solicitar un salvo conducto en toda regla para su virtud y honestidad, por mucho que Lucy se hubiese degradado, por infame y perversa que haya sido. Porque Enrique Lennier es un caballero ante todo, y no iba á decir la verdad; antes al contrario, juraría por su honor que su prima es una joven pura, dechado de todas las virtudes.

La señorita Lennier había enrojecido al oír la última réplica

de su madre. Ésta comprendió que había ido quizás demasiado lejos, y pensó que su hija, realmente, no era la que debía oír tales cosas. Se contuvo, pero Margarita no se calló por ésto.

—En último caso,—dijo,—ustedes sabrán mejor que yo todo lo que eso quiere decir; por mi parte, vuelvo á lo que antes pensaba exponerte, sintiendo que nos hayamos desviado de lo que importaba. Sea cual fuere la conducta de Lucy, está en nuestro hogar, bajo nuestro techo, y es de nuestra familia en un grado muy próximo; Lucy, por tanto, debe ser considerada aquí como lo somos nosotras mismas. Trátandola con dureza ó con despre-

cio, en vez de considerarla y enaltecerla, no haremos más que dar vigor á la calumnia, y si es inocente, nuestra culpa será más grande. Desde el momento en que permites que continúe en nuestra casa, y ésta es la verdad única, debemos creer que es una joven honradísima, digna de estar contigo y conmigo; en cuyo caso, las gentes de esta casa serán las despreciables, si se la desprecia. ¿Tienes tú la seguridad de que Lucy no es virtuosa?—preguntó la señorita Lennier, mirando á su madre de pronto con sus hermosos ojos, fijos y calenturientos.—No, no la tienes, porque si la tuvieras, no estaría Lucy aquí. No tienes razón para arrojarla tampoco, y en

este caso, yo te lo digo, mamá, lo que más conviene, por ella, y por nosotras mismas, es tratarla con grán indulgencia y dulzura. ¡Quién sabe si entonces no desaparecerán también sus brusquedades, sus iras y esas contestaciones, hijas del despecho, poco respetuosas y tan extrañas en labios de Lucy, que tan buena y tan sumisa fué siempre, aunque tú, por desgracia suya, hayas visto desde el primer día, en sus actos y en sus palabras, un fondo de maldad, donde solo existe una altivéz que yo admiro y un fiero corazón para rebelarse noblemente contra todo lo que hiera su dignidad y la humille!

La viuda Lennier, en oposición

de lo que esperaban todos, no dió una respuesta exagerada y llena de cargos contra Lucy y contra su hija que la defendía. Quedó un momento silenciosa, como si reflexionara profundamente, y después dijo con la mayor sencillez:

—No se hable más de esto, es preferible; quédese cada una con sus opiniones.

Don Blasito y don Jerónimo respiraron con cierta satisfacción, pero Cora quiso hablar. Se había puesto muy seria, por la alusión que la viuda Lennier hizo, referente á las noticias que ella podía suministrar en el asunto de Lucy, y quería explicarse; pero la señorita Lennier la miró de un modo

extraño, que Cora debió comprender perfectamente. Aquella mirada sería una orden sin duda; Cora mantúvose ya callada como un muerto.



IX.

ALMA SOLITARIA.

Acabada la discusión, el médico, por hacer algo, tomó el pulso á la señorita Lennier.

—Estoy muy mala, ¿verdad?— preguntó ella, riéndose como una niña.—Si se lo pregunta usted á mi madre, le dirá que no tengo cura.

La viuda Lennier no contestó; parecía muy preocupada. El médico se encogió de hombros.

—No,—dijo,—se equivocaría si dijera eso;—usted goza de en-

vidiable salud; pero es necesario hacer ejercicio, mucho ejercicio; está usted apoltronada siempre, y eso no es bueno.

—Obedeceré con la mayor sujeción; me verá usted hacer ejercicio desde mañana, mi señor don Jerónimo; no salgo ya esta tarde, porque me rinde el cansancio; voy á ver si duermo algunas horas.

Así concluyó, y tendía la mano á don Jerónimo afectuosamente. Despidióse de su madre también, riéndose con mucha naturalidad.

—Hasta mañana, Cora,—añadió,—á ver si mañana puedo llegar hasta Los Jarales.—Iba á salir; vió entonces á don Blasito, ó pareció verle. Don Blasito la miraba ansioso, pálido, inmóvil. La

señorita Lennier dejó caer sobre el triste su mirada profunda y pensativa; ahogó un suspiro penoso y, tendiéndole la mano, salió sin añadir una palabra.

Entró en su alcoba, encajó la puerta y echó el pestillo sigilosamente, quedando luego de pie, en medio de la habitación, apretándose las sienes con las manos, como para impedir que le estallasen.

Aproximóse después á una ventanita que daba al campo, la abrió con mucho tiento, mirando antes á la puerta de la alcoba recelosamente. Lo primero que hirió su retina cuando tendió al campo la inquieta mirada, fué la figura de *Mañón*, larga, escuetísima, de conjunto antipático y repulsivo. Se

deslizó el viejo como un reptil hasta llegar al pie de la ventana casi. Después de haberse asegurado de que nadie la veía, la señorita Lennier le preguntó anhelante, en voz tan baja, que parecía imposible que el viejo la oyera, y la adivinó sin duda, más bién que oirla.

—¿Estás seguro?

—Tan seguro;—contestó *Mañón*, haciendo al hablar una mueca horrible con sus encías espantosamente melladas.

—¿Le has visto?—preguntó la señorita Lennier, cogiéndose á los hierros para no caer del desmayo que parecía acometerla.

—No, pero estoy seguro.—Y *Mañón* se llevó una mano al ojo

izquierdo para secar con ella la lágrima continua, tributo y holocausto á la vez rendido por la naturaleza al triple de Cazalla.

—¿Por qué estás seguro?— Habla pronto por el cielo.

—Porque me lo ha dicho Tina; ella le dará á usted pormenores.

Siguió hablando, pero la señorita Lennier no le escuchaba; cerró con igual sigilo y, retirándose de allí, avanzó trabajosamente hacia el lecho; fué á echarse y no pudo; cayó sin fuerzas, con pesadéz, quedando de rodillas, y así permaneció, apretada la boca fuertemente sobre el colchón, para ahogar los roncós sollozos.

Quedó al fin silenciosa, inmóvil, de rodillas siempre; levantóse

después de mucho, algo fortalecida en lo físico, por el rezo quizás, ó por la reflexión, dos muy buenos auxiliares, que en sus cuitas al humano fortalecen. No quiso acostarse. Encendió luz; parecía más calmada, como si el espíritu á la par que la carne, hubiese tomado fuerza en la quietud misteriosa. Ardíale el rostro. ¡Ah, quién había de creer que la sangre hubiera podido producir aquellos arrebatos en el rostro místico de Santa Margarita!

Sentándose delante de una preciosa mesa-escritorio, dispuso papel y pluma, y escribió después, con letra clara y muy firme, el nombre de su hermano para encabezar la carta. Mucho diera yo

por trasladar aquí entero el famoso escrito; azares de la suerte lo impiden. ¡Oh, tú, lector, qué bién hallado te conceptuarías con un placer tan grande! Pero la carta de referencia, si llegó á mi poder, milagrosamente, no llegó íntegra; son los últimos párrafos; consuélame la idea de que ellos te consolarán de la tristeza de no saborear los otros. Ved aquí la carta, tal como existe en mi oculto rincón de documentos curiosos:

«..... de nuestro natural temor y sobresalto constante, puedo decirte, capitán ilustre, que aquí pasamos la vida en la serena calma del Limbo. Nada hay que turbe nuestro ánimo. Por mí,

puedo asegurar que estoy en la gloria. En fuerza de la costumbre, llegué á identificarme con esta vida de quietud y casi de contemplación, que tan á maravilla sienta á mi espíritu recogido, y apartado, — más de lo que nuestra madre puede sufrir, — de las cosas de este mundo.»

«De ella, de la señora de *La Proserpina*, no puedo asegurar lo mismo: cuanto más días pasan, más imposible se le hace tolerar la vista de estos lugares y estas pobres gentes. El esfuerzo que tuvo que hacer para meterse aquí, la ha rendido; pero hay que reconocer en honor suyo, que en ese grán alarde de cuatro años, dió pruebas sobradas de buén ingenio



y de su condición maravillosa, desenredando primeramente la administración de *La Proserpina* y dirigiéndola después; repito aquí lo que te dije en otras cartas: la colonia está hoy más floreciente que nunca, juzgando, no solo por su aspecto, sino por las rentas enormes que se consiguen. ¡Oh adoradísimo cuanto llorado general Lennier, padre y señor mío!, ¡cómo te quedarías de atónito si te fuese posible saber en la tierra fría, donde para siempre descansas, que la colonia de tus desvelos está hoy próspera y brillante como jamás la conociste, administrada, que es lo más sorprendente, por tu antigua señora y dueña, la más altisonante ma-

trona de los tiempos actuales y la de más perezoso y desmayado ánimo para toda acción, y de un modo singularísimo, la que se relaciona con el bién y prosperidad suyos!»

«No seré yo quien censure á la señora de *La Proserpina* porque pretenda recogerse á su sociedad, después de haber soportado con reconocido valor tan larga época de fatigas inconcebibles; no solo no la censuro, celebro su resolución, porque sostenida aquí, con la esperanza, la seguridad, mejor dicho, de conseguir sus aspiraciones, lo sobrellevó pacientemente; pero si de pronto se encontrase en la imposibilidad absoluta de satisfacerlas, tengo

por muy seguro que sería fatal á su salud. En cuanto á mí, ¿qué diré? Seguir á mi madre es trastornar completamente mis costumbres y mi vida; es absurdo pensar siquiera en una separación, y me conformo. Iré al suplicio.»

«Yo, algunas veces, como si no perteneciera á la casta, dígame á mí misma: ¿Estos Lennier de dónde salieron? ¿Qué cabezas son éstas? Nuestro padre era un santo vestido de militar, que dedicaba su vida á resolver problemas, teniendo á todas horas delante de sí imponentes masas de números; de mí dicen que soy una santa, y confieso muy humilde que no hice cosa para merecer ese nom-

bre; más bién creo ser una pobre loca, sin cura, y me inspiro lástima en mis instantes de lucidéz. En cuanto á tí, ¿qué puedo decirte? No has negado la sangre; cuando todo el mundo te cree un joven tímido sin resolución, vás á la guerra y conquistas glorias y honores por tu condición brava y tu prudente juicio; eres en la Academia la diversión de tus compañeros, por lo mal que te explicas delante de tus profesores, y te haces admirar por tu talento cuando dejas los libros para ir á guerrear con gentes fieras, allá, lejos del mundo... de esta vieja Europa, donde el pensamiento, por su educación, levanta y dignifica al hombre. ¡Oh filósofo

queridísimo! ¡Oh filántropo respetable! ¡Oh espíritu singular, que parece educado en otras edades no conocidas aún, á las que somos nosotros lo que son á nosotros aquellas prehistóricas, lindantes con la fábula! ¡Oh tú, desgraciado redentor incipiente, que anatematizas la guerra y continúas ahí en el oficio de matar hombres, por el pecado de no permitir que entremos en su casa y en su casa misma vivamos esclavizándoles!... Basta ya. Bién supiste probar el error de los que no creían que pudieras ser un grán soldado, aún no sintiendo vocación por la milicia. Basta ya; no contraríes tus sentimientos; no tortures tu corazón, quedán-

dote donde nada te obliga, á no ser la sutileza tuya para imaginar el más duro castigo contra una culpa muy discutible. ¡Oh pensador mío!... ¡Cuánto me has hecho pensar á mí! Mi corazón, esclavo de tus pensamientos, te admira y te venera. Yo, humildísima de mí, te ayudaré en esa obra, y entonces podré respirar sin cuidado, porque *La Proserpina* será conmigo hasta la muerte. No escribas, vén... y Dios y yo sabemos que no es la vida lo que te pido llamándote. Misterio indescifrable, ¿verdad? Vén, Margot te lo pide, aquella pobre hermana Margot, que te ayudaba á pronunciar las primeras letras del alfabeto; esta hermana tuya á quien todos

creen un sér superior, cuando es solo un espíritu solitario, que solo vive y alienta de tu espíritu y de tus pensamientos.»

«Si no fuera por la veneración que me inspira todo lo que de tí emana, diríate que es absurda esa penitencia de permanecer ahí cuatro años ya, solo por creerte culpable al no haber llegado á tiempo de recoger el último suspiro de aquel hombre generoso que nos dió el sér y que tan ciega idolatría nos profesó. Me explico, porque estoy toda penetrada de tí, hasta donde llega el refinamiento de crueldad contra tí mismo, imponiéndote la expiación de permanecer ahí derramando sangre de hombres como tú, á quie-

nes no consideras como enemigos, solo porque son hombres, doctrina especial tuya, que yo no sé si enaltecer ó anatematizar; comprendo lo duro de la expiación y admiro tu grandeza de ánimo al consentir que todo el mundo crea que luchas por la gloria, porque sé que esa gloria te parece repulsiva desde el momento que la alcanzas haciendo mal á tus semejantes, matándoles sin compasión, porque se resisten á ser esclavos de extrañas gentes en el país donde han nacido y que es el suyo; la repugnancia que te cuesta sentir y hacer sentir ese despotismo de la disciplina militar, esa ridícula ostentación de galones, cruces, estrellas y demás

artículos de bisutería barata, y reconozco lo más grave aún, ese dolor perenne por estar apartado de nosotras, las que bien te amamos, tu madre, yo, y una soberbia y hermosísima joven, á quien tú, sin saberlo, hiciste mucho daño... Vén, nada quiero decirte... Vén, y aquí lo sabrás... Dios tendrá misericordia de todos.»

«Despídome repitiéndotelo: Vén; tú serás feliz; yo daré porque lo seas la vida, si es preciso, poca cosa en verdad, comparándose con la sublime quietud de alma del varón bendito, del hombre, como yo lo hubiera soñado, si á mí me hubiese sido posible soñar en esta vida sin causa; del ideal perfecto de la honradéz y del honor.»

Fué á soltar la pluma, y los dedos agarrotados negábanse á desprenderse de ella; la soltó al fin; chocaban sus dientes como por un espasmo nervioso, y le era imposible levantarse; apoyó los brazos en el tablero, hundió la cabeza entre los brazos y permaneció así. La noche avanzaba, la luz se extinguía... Se apagó... Y allá, al amanecer, cuando la otra luz filtrábase por las rendijas de las puertas, se levantó con dificultad. Anduvo hasta el lecho, apoyándose en los muebles y las paredes, y se echó en él vestida. Ya en la cama, cruzó las manos y, alzándolas en súplica misteriosa, sus labios fríos, de muerta, moviéronse suavemen-

te para exclamar como en una
plegaria fervorosísima:

—¡Oh, Enrique! ¡Enrique!



X.

LA SEÑORITA LUCY.

La viuda Lennier se había tranquilizado un poco. Engolfóse á hablar con don Blasito de los asuntos de la colonia, sin que yo pueda decir si don Blasito puso en la conferencia toda la atención conveniente. Fuése el señor de Sousa á la cama con su cuita por el mal estado de salud de la señorita Lennier, y la señora de *La Proserpina* á la suya, con su fértil imaginación de cuarenta y cinco años, atestadísima de planes para lo porvenir.

Al día siguiente continuó la conferencia; aunque mi hombre moríase de ansiedad, la viuda Lennier continuaba impasible, desentendiéndose de la agitación de que era presa su amigo. De pronto, exclamó con grán dulzura:

—Es conveniente dejarla descansar; duerme de noche muy poco.

Y cuando hubo vertido esas palabras en voz melosa, siguió hablando quedo, muy quedo; pero no ya de *La Proserpina*, ni de la administración de *La Proserpina*. Don Blas puso entonces los cinco sentidos y el alma entera en aquella voz de los cielos que sonaba en su corazón. Aquel su-

surro misterioso de la palabra de la viuda Lennier estaba matándole de alegría; la viuda Lennier hablaba de una boda que era preciso realizar: la boda de su hija y don Blasito.

Tan solemne conferencia se interrumpió con el visiteo; habíase sabido por Cora y don Jerónimo la enfermedad de Santa Margarita, y aquello fué una invasión. El médico y la patrona no habían sido de los últimos en acudir; ella, dulce, melosa, filtrándose con la voz, con los ojos, con el ademán; él, grande, solemne, con su cara anchota de fachadón de torre y sus ojillos cargados de malicia.

La señorita Lennier apareció

muy animada; durante la comida bromeó con don Jerónimo y don Blasito; no era ya animación la suya, era un contento que ponía contentos á los demás. Á los postres se levantó y dijo resueltamente que iba á salir, porque era preciso obedecer al médico. Quería hacer ejercicio. «¿Quién la acompañaba?»

—¿Á dónde?—preguntó su madre.

—Á la colonia; quisiera llegar hasta casa de Tina.

—Tina es una remolona,—repuso la viuda Lennier riéndose,—con los vuelos que dás á mis colonos concluirán un día por no hacerme caso, y es preciso poner orden á ésto. Vamos allá,—pro-

siguió,—andaré un poco; la tarde está hermosísima. Andando hablaremos, mi señor don Blasito.

Llamó á Lucy para seguir la costumbre, pero nadie contestó; la llamó nuevamente, y manifestó un mozo que la había visto salir poco antes; el mozo aprovechó la ocasión para decirle que don Manuel, el maestro de escuela, había estado allí; don Manuel acababa de apearse de su caballo y había tomado otra vez el camino de la colonia.

—¡Ah!,—dijo la viuda Lennier irónicamente,—no hay que pensarlo más; ya sabemos donde está Lucy.

Bajaron la escalera, y halláronse de pronto en la explanada del

inmenso edificio, un caserón enorme, de habitaciones amplias y cómodas, con infinidad de departamentos, con dormitorios grandes y ventilados para los trabajadores, patios, molinos, trojes, bodegas; el aceite, el vino y el corcho, eran los tres grandes elementos de riqueza explotados por la viuda Lennier en los vastísimos terrenos que cultivaba por cuenta suya.

Caminaron en dirección de la colonia, distante dos kilómetros escasamente de la gran casa de labor, y separada por el Guadalquivir; una linda barca hacía el servicio del pasaje entre las dos riberas. Iban por el mismo sendero que don Blasito había lleva-

do la tarde antes, ginete en su briosa cabalgadura. La señorita Lennier y Cora marchaban delante; detrás la viuda Lennier, don Blasito y don Jerónimo; la viuda Lennier y don Blasito se metieron en una conversación que al médico le pareció muy reservada. Se retiró discretamente, adelantándose hacia el otro grupo, pero la señorita Lennier y Cora callaron de pronto cuando se aproximó.

El médico, sin saber á qué santo quedarse, tendió la vista maquinalmente á la derecha, y exclamó con grán placer frotándose las manos:

—Allí están, en el Ribazo de las damas.

Las cuatro personas que iban

con él, volvieron los ojos al lugar que acababa don Jerónimo de indicarles. Cora dijo á la señorita Lennier en voz baja:

—Me lo había figurado.

La señorita Lennier no respondió, y tampoco se hubiera comprendido, por su semblante severo y dulce, las impresiones de su alma.

Allá, junto á la presa del río, por donde las aguas precipitábanse espumosas y rugientes, sentada en un enorme pedrusco, había una mujer. Era Lucy.

De pie, delante de ella, estaba don Manuel, el maestro de escuela de *La Proserpina*, á quien ya conoce el lector de nombre.

La viuda no pudo contener

una exclamación de cólera; don Blasito la miraba apesadumbrado. Margot, silenciosa y pálida, se había vuelto hacia su madre.

Había alguna distancia entre el grupo de Lucy y el maestro, y el de la señora Lennier y sus acompañantes; pero esta distancia no impedía comprender á los últimos que Lucy lloraba desesperadamente. De vez en cuando alzaba la cabeza para decir alguna frase con rapidéz, y volvía á inclinarla llorando.

Cuandó Lucy dejó la sala la tarde antes, bajó la escalera sin hablar con ninguna de las personas que encontró al paso y que le preguntaban con vivo interés por la salud de la señorita. Fué á su

habitación, situada en la planta baja; tenía necesidad de estar sola para entregarse libremente al profundo dolor moral, que parecía torturarla.

Allí permaneció hasta el día siguiente, sin querer hablar con nadie. Decidióse á salir porque amaba á Margot y quería informarse del estado de su salud. Vió entonces en la ancha plazoleta el caballejo lacio de don Manuel, al lado de la pollina rozagante de Cora, y el otro caballo, no menos raquítico y macilento de don Jerónimo. Quedó Lucy inmóvil; don Manuel se habría quedado atrás con algún intento sin duda. Este intento sería seguramente el de hablar con ella. En efecto, no

bién se había fijado Lucy en su caballo, apareció la figura extraña de don Manuel, allá, en el fondo; apenas le vió Lucy, hízole señal de que esperase, y salió precipitadamente.

Dejó la casa y atravesó la explanada con rapidéz; muy pronto alcanzó al maestro, y dijo sin detenerse, de una manera brusca:

—Venga usted.

Su tono fué duro, acerado, agresivo. Sus mejillas estaban encendidas de coraje. Sus grandes y bellos ojos pardos relampagueaban.

Don Manuel la siguió tristemente, sin replicar. Iba detrás de Lucy por una angosta vereda. La gallarda figura de Lucy alzá

base delante de él y su sombra se proyectaba en el suelo... Parecióle por un segundo que Lucy no iba delante de él, enérgica y altiva, llena de vigor y juventud, sino su sombra solamente que se arrastraba silenciosa, como buscando la sepultura donde hundirse. Sintióse don Manuel conmovido por funestos augurios, que en vano intentaba desechar.

A la vez, andando maquinalmente detrás de Lucy, hacía se tristísimas reflexiones.

«¿Era posible que aquella mujer, aquella joven, saludable, vigorosa, llena de encantos, dotada de los dones todos físicos que la mujer pudiese desear, se viera por otra parte tan abandonada y

tan perseguida, sin amparo, sin amigos, sin consuelo, sin ilusiones, sin porvenir, y que á los veinticuatro años, todo hubiese caido á sus piés en ruinas? Aquella mujer, á quien conocía desde niña, cuya inteligencia había cultivado, cuyo corazón generoso y altivo admiró tantas veces, de una sencillez y pureza inconcebibles, ¿era una mujer deshonrada, disoluta, á quien todo el mundo tenía en entredicho y á quien se arrojaba un pedazo de pán, apartando los ojos de ella con rubor? ¡Triste suerte! ¿Quién era él, pobre viejo, sin amigos tampoco, sin fuerzas, sin recursos para hacer nada por Lucy? Acaso ¿tenía él algún otro medio de vida des-

pués de aquel pán debido á la misma mano que Lucy lo debía? Además, ¿no sería ingrato con aquellos á quienes debía considerar y respetar, protegiendo á Lucy con sus escasísimas fuerzas? Pero por otra parte, ¿qué iba á ser de aquella pobre criatura abandonada de Dios y de los hombres, abandonada y perdida en el grán torbellino, con los primeros gérmenes en el corazón de un odio que no podía vencer y de un porvenir lleno de sombras?»

El don Manuel que pensaba todo esto, caminando silenciosamente detrás de Lucy, era un hombre alto, escueto, muy parecido á *Mañón* en la estatura, con diferencia del traje; su rostro era

largo, cetrino, lleno de arrugas, como red cruzadísima de signos cabalísticos, cual si este señor don Manuel, semejante á Cora, fuese un pozo profundo lleno de misterios, y cada misterio estuviese representado en una de las arrugas.

Don Manuel era larguísimo, como un poste de telégrafos; usaba un grán sombrero de fieltro, á la sombra de cuyas alas guarecíase aquel rostro aceitunado, cubierto de surcos, cuello sin almidonar, corbata negra, floja, deshecha la mayor parte del día, flotando al viento, sin que don Manuel lo notase siquiera; grueso marsellés, muy común en los pueblos andaluces, y sus piernas, de una

longitud inconmensurable, se enfundaban, lo mismo en invierno que en verano, en un pantalón ancho, recogido en las rodillas, con polainas de cuero negro muy ajustadas, haciendo resaltar hasta producir angustia sus pantorrillas sutiles.

No quiero decir que su nariz era tan larga como sus piernas, porque no lo creereis, pero era muy larga, haciéndola más larga aún lo hundido de las mejillas, de donde parecía brotar la nariz, rápidamente como una exhalación; don Manuel, como don Blasito, usaba anteojos, pero el rasgo principal de la persona de don Manuel no eran los lentes, como en don Blasito ocurría; no era la

naríz tampoco, aquella naríz, que hubiera constituido por sí sola el verdadero distintivo de otro cualquier hombre; eran las polainas.

Esta figura os resultará excéntrica, ridícula, si lo quereis; la naríz y las polainas de don Manuel podrán arrancaros un gesto de burla; lo mismo digo de su marsellés y sus bombachos; podrá pareceros todo él un alambre, montado sobre dos alambres, á pesar de su marsellés y de sus bombachos, teniendo otro alambre por naríz, porque, en verdad, lo parecía. Os le presento de tal modo, por el lado más ridículo, para que comprendais y penetreis mejor esa figura; pues bién, don Manuel no inspiraba risa á nadie.

El único atractivo que don Manuel tenía en su persona, eran los ojos, unos hermosos ojos negros, grandes, dulces, llenos de inteligencia y dulzura, que conmovían cuando se fijaban con toda su grave tranquilidad en los ojos de otra persona. Sin embargo, esto no podía constituir un atractivo. Don Manuel no abusaba, ni usaba siquiera de aquel hermoso dón, para captarse las simpatías y el respeto de las gentes. Rarísima vez miraba á nadie sin sus anteojos; muy pocas personas le habían visto quitárselos ni un solo segundo. ¿Lo creereis? Y los cristales de los anteojos eran azules.

Como si Lucy no pudiera andar

más, se sentó en la piedra, al lado de la zua; las aguas bramaban, desbordándose espumosas sobre aquel muro de contención que formaba el inmenso depósito, de donde eran extraídas con una poderosa turbina para el riego de las huertas.

Don Manuel había quedado mirándola con profunda piedad. Al sentarse Lucy, como si las fuerzas le hubiesen faltado, empezó á llorar desgarradamente.

—He querido hablar con usted, —dijo de pronto, levantando la cabeza y dejando ver al desconsolado maestro su rostro encendido y sus ojos llenos de lágrimas.— He querido hablarle, porque es usted la única persona que en es-

ta tierra me ha demostrado un poco de cariño; usted solo, don Manuel, supo comprenderme y amarme. Creí un día, hace cuatro años, en la felicidad, pero ¡cuántas lágrimas, cuántos dolores me costó después haber creído en ella! Primero la ausencia, después el olvido, la deshonra en fin, y siempre la muerte, esta muerte en vida, que es peor que todos los suplicios. Usted solo, usted solo, me comprendió y me amó... —Y seguía llorando y retorciéndose de cólera, como indignada contra sí misma, por aquellas lágrimas que no le era posible reprimir.

Don Manuel siguió contemplándola silenciosamente, no sa-

biendo qué consuelos tributar á aquella alma atribulada.

—Ústed solo, don Manuel,— repitió después de un triste silencio, que interrumpía únicamente el ruido incesante de la presa.—usted, que me amó desde niña, usted, compañero de mi infancia, guía de mi juventud, usted, que cultivó mi inteligencia, usted, mi maestro, mi consejero, el único que me ha considerado como de su familia, en esa casa funesta, donde es usted un extraño, y donde todos son de mi sangre.—Y la joven señalaba con ademán soberbio la casa de los Lennier, que se distinguía allá, como una grán masa, blanca, centelleante, con la luz del sol.

Estaba hermosísima en aquel momento. Su busto vigoroso, de líneas puras, erguía en soberbia actitud; su brazo tendido, como para lanzar su anatema, hacía resaltar enérgicamente las armoniosas curvas de aquel busto; sus ojos grandes, pardos, bellísimos, de pestañas largas y arqueadas, que en horas tranquilas hubieran debido ser de una dulzura inefable, relampagueaban de dolor y cólera, húmedos aún por las lágrimas que los profundos resentimientos habían arrancado al corazón.

Don Manuel se encogió de hombros filosóficamente, y dijo con mucha lentitud:

— Con todo eso, ¿qué consigues, Lucy? Es lo mismo que un des-

graciado á quien se le cae la casa encima, é inútilmente procura retirar de su cuerpo las enormes piedras que están aplastándole. Es inútil todo, no hay más que tener resignación.

—Pero es ya lo último; ¿moriré entonces, sin una lágrima y sin una protesta, cuando tanto se me hace sufrir y cuando me matan el alma y el cuerpo? No, imposible; quiero luchar y lucharé. Si muero, que se acuerden de mí, siquiera para estremecerse, y no para despreciarme.

—Te veo en mal camino, Lucy —dijo don Manuel tristemente. Dios quiera que al final de ese camino, no halles otra cosa mucho peor todavía.

—Pero entonces,—gritó Lucy, —¿he de pasar mi vida miserablemente, un día y otro, vendida y ultrajada por aquellos que más deben respetarme y amarme? ¿He de someterme á un tan vergonzoso suplicio, sin gritar que es una villanía la que conmigo está cometándose? ¿Sin pagar con el mismo sentimiento? ¿Sin devolver herida por herida y muerte por muerte? ¿Y es usted quien me habla así? ¡Ah, es horroroso!

Don Manuel guardó un silencio muchísimo más elocuente que todos los discursos. Lucy prosiguió llorando con más fuerza, como si sus mismas palabras hubieran sido acicate de su propio dolor.

—Y bien,—interrogó don Manuel al fin.—Dímelo al menos. ¿Qué crees que adelantarás?

—Es lo mismo que dice usted siempre, encogiéndose de hombros,—exclamó Lucy con gran violencia.—¿Qué adelantaré? Y van cuatro años así.

—Y lo diré siempre, Lucy; los arrebatos de cólera en una joven, y mucho más en una joven desamparada, aunque sean por el motivo más justo, siempre se volverán contra ella.

—Pero ¿qué quiere usted que haga, don Manuel? ¿Se puede sufrir más?

—Otra mujer se resignaría, humillando la frente, sin rebelarse nunca, ó procuraría defenderse

sin alardes vanos, sin retos, sin exclamaciones de ira, sin esos desplantes y reproches, impropios de una mujer que ha sido educada como tú lo has sido, y de un corazón generoso como lo es el tuyo. Pero te veo desesperada y vencida, y no he de afligirte más, —añadió el maestro melancólicamente.—¿A qué sirve que me afane en aconsejarte, si no oyes los consejos de tu único amigo? Levanta esa frente y dá gracias á Dios que te ayuda en tus tribulaciones cuando más desconfías.

Lucy le miró, extrañándose de haber oído aquellas palabras consoladoras; pensaba que don Manuel sabía mejor que ella que sus pesares no tendrían remedio; si

no hubiera conocido perfectamente la noble seriedad y dulzura de aquel hombre, habría considerado que se burlaba. Pero no, don Manuel no podía burlarse; no podía equivocarse, ni mentir tampoco; lo que había dicho tendría sin duda alguna un fundamento. Quedó mirándole, por esta causa, después del primer instante de sorpresa, confusa y conmovida. Aquel espíritu lleno de tribulaciones, que no sabía á quien acudir en demanda de ayuda, en una brizna miserable del suelo, en un átomo de los espacios, hubiera creído encontrar un auxilio generoso, más fácilmente que en ninguno de sus semejantes.

—¿Qué dirías, — la interrogó

don Manuel, mirándola con extraordinaria fijeza, al través de los cristales azules de sus anteojos.—¿Qué dirías si tuvieras la convicción de que antes de mucho tiempo, dentro de algunos días, iba á presentarse en *La Proserpina* una persona que quizás te amó un poco, y á quien tú has amado mucho?

Lucy, al par que le oía, fué levantándose como galvanizada, con los ojos fijos, secos, lívida, sin hablar, sin respirar.

Don Manuel le tendió las manos dulcemente, y ella, como volviendo á la vida, al sentir en su piel abrasada el contacto frío de la mano del viejo, habló ya, para decir ahogadamente:

—¡Él!— Una alegría de niña iluminaba su rostro.

—Él, sí,—repitió el maestro con cierta solemnidad.

—Pero, ¿vendrá, Dios mío? ¿es cierto que vendrá?

—Está en Los Jarales. Es él, que vuelve de otro mundo tal vez, para reparar alguna gran injusticia seguramente.

Lucy le miró de nuevo, agitada, convulsa; desprendió sus manos de las del maestro como distraída; sentóse sin contestar. Un profundo desaliento había acometido de repente; murmuraba en voz baja, una vez y otra:

—¡No, él no viene!

Don Manuel aguardaba sor-

prendido. Ella preguntó de pronto de una manera febril:

—¿Por qué dice usted que ese hombre viene á reparar una injusticia y hasta tiene usted la seguridad de que ha de repararla? ¿Á quién alude usted? ¿Qué es lo que usted sabe? ¿Por qué se quedó en el pueblo y no está ya en su hogar y entre los suyos, después de cuatro años? ¡Ah!, pero, ¿qué me pasa?—añadió de pronto con más violencia que antes, oprimiéndose las sienes con las manos.—¿Esque voy á volverme loca?

Don Manuel la miraba confundido; en aquel instante, aunque conocía bién á Lucy, no podía comprender qué sentimientos eran los que la martirizaban.

—Confieso—dijo con profunda tristeza—que no sé lo que decir, ni aconsejarte; la nueva que te he dado creí que la acogerías como una grán dicha; pero es difícil, Lucy, ir derechamente, si queremos encontrar el camino del corazón en una mujer. Completamente desorientado, réstame solo esperar á que tú hables. Yo te conjuro á ello; explícate al fin.

—¿Y qué razones tuvo usted nunca para suponer que yo pudiera alegrarme, por la presencia inesperada aquí de un hombre que tanto daño me hizo con su abandono, después de traerme, diciéndome que era mi amigo, mi protector... mi padre? Los

que creen que yo soy una mujer perdida, y los que no lo creen, que serán muy pocos de seguro,—añadió Lucy con amargura,— todos me producen la misma indiferencia, todos igual desprecio; en mi corta edad, he llegado á comprender que todos los séres son despreciables, aun los que parecen menos indignos. No sé qué injusticia es esa que vá á reparar el hombre que me tuvo abandonada durante cuatro años, expuesta á sufrimientos y ultrajes que no perdono. Si hubiera muerto, si justificara de algún modo esa ausencia, me resignaría al menos; pero su ausencia, su silencio, su vuelta, yo estoy segura, habrá sido todo por ex-

travagancias de ese carácter veleidoso é indigno de un hombre. Desde el día que así me dejó abandonada á mi suerte, yo no le reconozco derecho alguno sobre mí. Sépalo usted, y sépalo él para que esté prevenido.

—El dolor te ciega, Lucy; eres injusta con todos y hasta contigo misma; no me sorprende, por tu carácter arrebatado que nunca has podido dominar, aunque tan á menudo te supliqué que lo corrigieras. Pero la reflexión te hará arrepentirte de tu extravío. Yo, por mi parte, te perdono, porque tienes la disculpa de tus sufrimientos. Vosotros dos, él y tú, teneis que perdonaros también mutuamente; tú, por el aban-

dono en que te ha tenido, es cierto; él, por esas palabras duras; y aunque las mereciera, dichas por tus labios, serían el más cruel de los castigos. Acuérdate, por último, y no olvides tampoco, lo que oyes en boca de un viejo lleno de experiencia, que te ama verdaderamente; las penas de ese hombre á quien desprecias porque te abandonó, son más grandes quizá, más crueles que las tuyas. Acostúmbrate, Lucy, yo te lo digo, á la idea de juzgarle mejor, de considerarle y amarle.

—¡Nunca, jamás!—gritó ella, á quien las palabras del maestro habían pasado desapercibidas casi, en la absorción tenebrosa en que sus ideas estaban; solo pudo

apreciar sus últimas frases, y sirvieron para exasperarla y hierla doblemente. — No, no, — repetía con verdadero encono; — nunca pretendan de mí que yo juzgue bién y considere y ame á un hombre, causa de todas mis penas. ¡Ah, qué locos son los que suponen que mi alma pueda mancillarse así! Le odio, le aborrezco. Mi corazón, sensible á todos los grandes y bellos sentimientos, se habrá endurecido tal vez con cuatro años de martirio inconcebible. Perdonaría á todos los que me humillan cuando me encuentran á su paso; perdonaría á quien me matase ahora mismo, sin que me dejara concluir estas palabras que brotan de mi herida; perdonaría

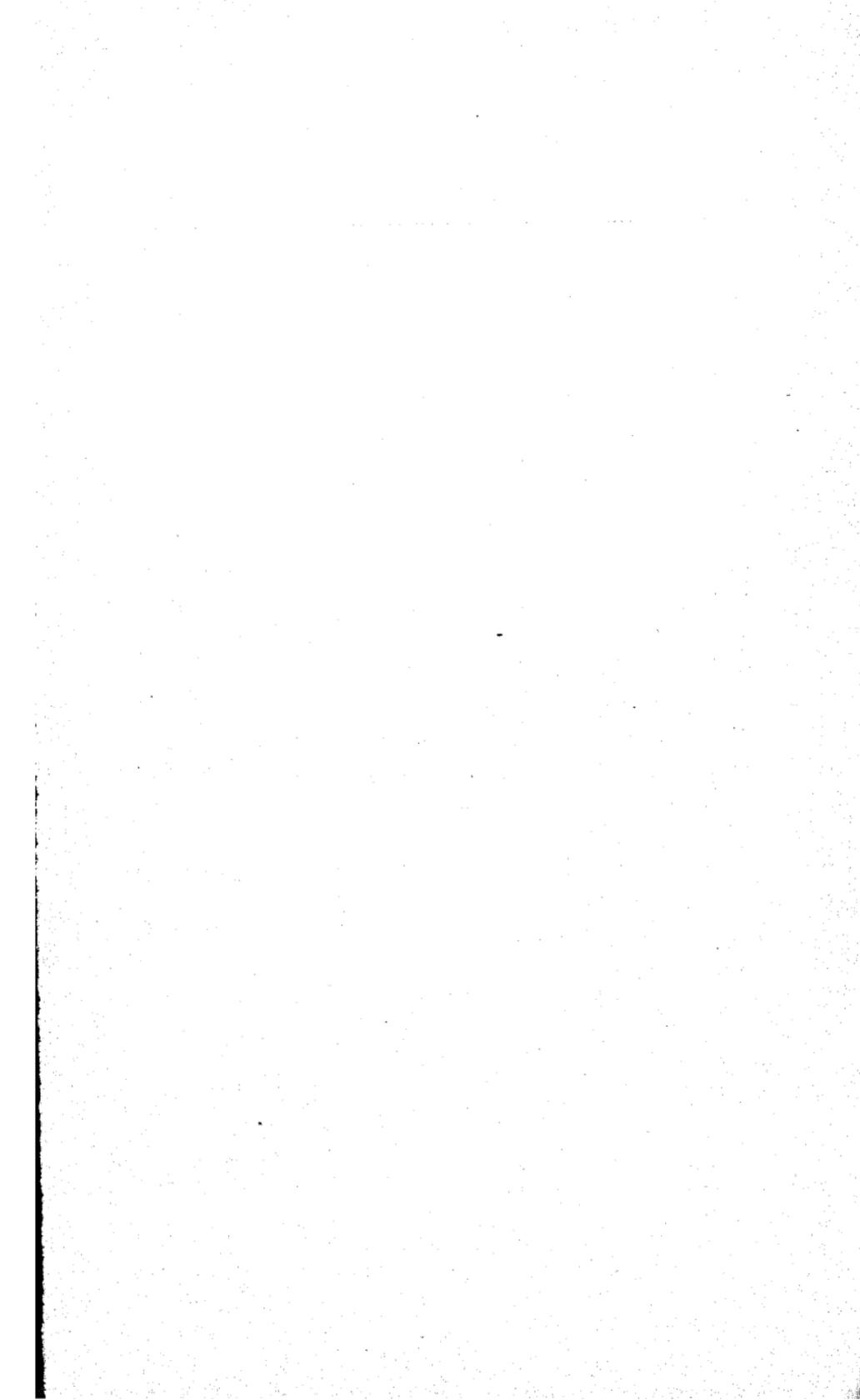
á esa misma mujer incapaz de un sentimiento grande, á esa mujer tan frívola, que dejaría cometer un crimen por no pensar un momento con detención en el modo de evitarlo; á esa viuda Lennier decantada, alabada, ensalzada con todas las trompetas y en todos los tonos, á quien auguro desde hoy suplicios horrendos, más grandes aún que los que yo paso... Pero acostumbrarme á la idea de considerar y amar á ese hombre... Eso, no... ¡Nunca! Morir cien veces primero y de los peores males.—Y Lucy, completamente loca de dolor y odio, retorciase las manos con desesperación.—¡Ah!, —gritó de pronto.—Amarle, jamás; aborrecerle, siempre. ¡Le

odio, le detesto! Si se pusiera delante de mí, teniendo yo un arma en la mano, le mataría.

— Perfectamente, — dijo una voz ligera y burlona, — es todo cuanto podía esperarse de una señorita de buena educación y de honrados sentimientos.

Lucy dió un salto, como si hubiese sentido una mordedura en la espalda, y hallóse frente á la viuda Lennier, que la miraba con curiosidad, sonriendo de un modo inexplicable.

Don Manuel inclinó la cabeza, como si se entregara sin lucha al fatalismo que parecía pesar sobre Lucy, aquella pobre Lucy, cuyas desgracias quería compartir, ya que, de ningún modo, las podía evitar.



XI.

FRENTE À FRENTE

Los tres permanecieron silenciosos un momento, don Manuel con la cabeza inclinada, la dueña de *La Proserpina*, mirando á Lucy de aquel modo burlón y curioso á la vez, y Lucy, sosteniendo esta mirada, con otra indómita y ardiente.

—Y bién, espero que continúes, —dijo la viuda Lennier, riéndose de aquel modo frío. ¿Por qué callar á-lo mejor y cuando tu auditorio aumenta y escucha tan admirado?

—Si me estaba usted oyendo,—respondió Lucy, más dueña de sí de lo que don Manuel hubiera creído después de la anterior exaltación,—no puedo explicarme, señora, por qué ese afán de oír otra vez, lo que de seguro no es para usted agradable.

—Lucy... ¿Has dicho todo eso, sintiéndolo y creyéndolo? ¿No te arrepentirás de haber hablado así, no precisamente porque yo te haya oído, sino porque tu corazón se resista á mantener esas palabras duras é incalificables?

—No, señora, no me arrepentiré.

—¿Es cierto, Lucy?—Y la voz de la viuda Lennier, temblaba ligeramente.

—No me arrepentiré,—continuó Lucy con más calma;—solo puedo lamentar en esta ocasión una cosa: no haber tenido valor para decir á usted hace mucho tiempo, todo cuanto por casualidad ha oído usted hoy.

La viuda Lennier pareció algo conmovida, aunque procuraba no demostrarlo.

—Decididamente—exclamó,—será preciso tener miedo desde hoy á esta querida Lucy. De igual manera que canta belicosamente la alegre conjetura de hallarse con un arma en la mano, para quitar del mundo á cierto desconocido señor, puede otro día hallarse en las mismas peligrosas disposiciones para matarme á mí.

Don Manuel sonrió tristemente y dijo con lentitud:

—Yo, señora, no soy juez en el asunto; pero si me atreviera, diría que todo esto no es más que el triste resultado de dos caracteres que no se han comprendido.

Lucy, sonrió con amargura; la señora Lennier esperó silenciosa, jugueteando con el puño de su sombrilla. La voz reposada y dulce de aquel hombre sencillo, ejerció siempre en ella un benéfico influjo.

—Las dos están ustedes delante de mí, las dos me están oyendo; yo tengo la noble convicción, de que no es verdad lo que Lucy afirma. Usted, señora, es un corazón honrado y leal, sin que yo

pretenda analizar ahora sus defectos. ¡Triste humanidad! ¿Quién ha nacido perfecto en el mundo?

—Muy bién,— dijo la viuda Lennier, echándose á reir con más franqueza.—Yo soy un corazón bueno, yo soy un corazón leal; pero desgraciadamente, esta Lucy tan poco tolerante, no es de la misma opinión que usted.

—Porque no se lo demuestra usted con actos,—contestó don Manuel sencillamente.

La señora Lennier fué á contestar, con alguna violencia sin duda, si se juzgaba por la expresión de su rostro; pero logró dominarse y permaneció en silencio, mientras hacía círculos en la tierra con el extremo de su sombrilla.

Lucy miró furtivamente á don Manuel, con profundo enternecimiento y gratitud.

La viuda Lennier levantó los ojos sin mirarles y permaneció pensativa, contemplando las espumosas aguas, desbordándose por la presa. Iba declinando el sol; allá muy lejos, en lo profundo del espacio, parecía repercutir el rumor de las aguas, como la voz de un gigante que saliera del cielo.

—En cuanto á Lucy,—prosiguió don Manuel muy conmovido,—solo tiene una desgracia; la desgracia de no haber sabido ser humilde, para llegar de ese modo pronta y seguramente al corazón de usted, que era su único ampa-

ro en el mundo. Por eso ella, no encontró en usted lo que en realidad debió usted haber sido; no encontró en usted una madre indulgente y buena que tanta falta le hacía y tanto bién le hubiera hecho.

La viuda Lennier volvió los ojos maquinalmente hacia Lucy. Iba á retirar la vista para que Lucy no sorprendiese aquel movimiento involuntario hacia ella, pero Lucy no la miraba; Lucy tenía los ojos bajos; gruesas lágrimas deslizábanse por sus mejillas de sin igual tersura.

La viuda Lennier quedó mirándola entonces detenidamente, por primera vez quizás en su vida. Como si no la hubiese visto nunca, pareció sorprenderse de un

modo extraordinario de aquellas facciones ligeramente morenas, y de una corrección y dulzura maravillosas. Un sentimiento inexplicable le hizo recordar otras épocas, y creyó ver aquellas mismas facciones de rasgos armoniosos y altivos y aquella mirada de los ojos pardos de un poder y una suavidad al mismo tiempo, irresistibles. Involuntariamente pensó en su hermano, aquel pobre loco, muerto ó desaparecido desde hacía cuatro años, sin que le fuera dable explicar la relación que pudiese tener este recuerdo de su hermano con Lucy y con los sentimientos indefinibles aún que Lucy en aquella extraña ocasión estaba inspirándole.



Sin acabar de comprender aquellos sentimientos que la habían sorprendido al contemplar el rostro de Lucy por vez primera, desde hacía algunos años sin aquella contracción nerviosa que sus pesares, sufridos sin resignación, la producían, habló al fin, apartando los ojos de Lucy para fijarlos otra vez en las aguas del río:

—No son cuestiones de este momento, ni de este lugar, las que aquí se tratan, mi querido don Manuel; pero he de decir desde ahora que me siento inclinadísima á Lucy, no ya para quererla, sino para adorarla también, si es preciso, á ver si de este modo puede vivir menos inquieta.

En verdad, en verdad, estoy temblando al recordar lo que oí; aparte de las ideas de exterminio contra ese hombre invisible, cuya sombra, desde que os oí hablar de él, no deja de andar, sin que yo sepa la causa, alrededor mío; aparte de eso, no dejo de pensar en los augurios que hacía Lucy de mi futura suerte. Lucy, ¿quieres que hablemos después? ¿Quieres explicarme por qué son esos augurios?

Todo esto lo dijo en un tono que quería ser burlón y acerado, como anteriormente, pero que resultaba con una mezcla de frivolidad y amargura de un efecto extraño en los que la oían.

Quiso responder Lucy inmedia-

tamente, pero don Manuel la detuvo con un ademán, diciéndola:

—Soy yo el que tiene que responder, Lucy; déjame que una vez me abroge derechos de una autoridad sobre tí, que nunca tuve. También usted me perdonará, señora,—añadió, dirigiéndose á la viuda Lennier,—si tomo sobre Lucy, durante un momento, una autoridad que usted solamente tiene.

Lucy había bajado los ojos con resignación. La viuda Lennier movía la cabeza con suavidad, sonriendo tristemente.

—Yo no estoy conforme con lo que usted me dice, amigo respetable,—exclamó con ingenuidad verdadera:—no tengo autori-

dad ninguna sobre Lucy; si la tuviera, créalo usted, las cosas habrían ocurrido de otro modo; si la tuviera, repito, no tendría usted que pedirme perdón para tomarse también sobre Lucy la autoridad mía. Es usted un hombre recto y bueno, y para mí hubiera sido una honra como para Lucy lo es.

Lucy quiso hablar, pero don Manuel no la dejó. Dijo dulcemente:

—Gracias, señora, por mi parte; por la de Lucy, contesto yo como ofrecí: Lucy, desde este momento, está dispuesta á complacer á usted en lo que la pide. Hablará usted con ella todo cuanto desee; tendrá usted con ella

cuantas explicaciones sean necesarias... ¿Es verdad, Lucy?—añadió, dirigiéndose á la joven en un tono de súplica y afecto, que conmovió á las dos mujeres.

—Lo haré,—dijo Lucy en voz trémula.

—¿Lo vé usted, señora?—Prosiguió don Manuel de una manera entrecortada, como si la emoción le impidiese hablar;—Lucy lo hará... Lucy lo hace todo cuando no piensa mucho en cosas tristes; cuando no cree que se la humilla ó se la desprecia. ¿Sabe usted acaso, si esta misma Lucy que pronunció ciertas palabras duras contra usted y que luego aseguró no estar arrepentida de haberlas pronunciado, sabe usted,

digo, si no estará arrepentida en efecto, y si el haber dicho á usted resueltamente que no estaba arrepentida, no es otra tortura más que sufre en su alma? Yo la conozco bién, señora. Lo que estoy diciendo en este instante, lo hubiera querido decir hace mucho tiempo y en muchas ocasiones, pero buscar á usted para decírselo, habría resultado importuno é ineficáz; la ocasión se presenta, y delante de Lucy, sin que ni ella ni usted lo esperaran, tenía que ser, y estoy seguro; vuestras almas nobles, porque las dos sois buenas, harán lo posible porque la experiencia de este pobre viejo no sufra una decepción hoy, no viendo unirse con un primer lazo

de simpatía, aunque sea muy tenue, á las dos personas á quienes amo en el mundo, una por su desamparo y otra porque es amparo mío.

Era imposible oír sin conmoverse aquella voz grave, llena de expresión y dulzura. Lucy, lo mismo que la viuda Lennier, habían alzado los ojos lentamente, hasta fijarlos en el semblante del maestro de escuela. Don Manuel se quitó sus anteojos azules en aquel punto, y limpiábalos distraído mientras hablaba; sus ojos, de una hermosura y una expresión inexplicables, estuvieron fijos algunos segundos en los de la viuda Lennier, produciéndole una impresión extraordinaria. En aque-

llos segundos, el humilde maestro de escuela aparecíase en su imaginación bajo un aspecto nuevo, que tenía algo de místico. Sus palabras habían llegado al corazón un poco egoísta de la viuda Lennier como una luz suave.

En cuanto á Lucy, había apartado los ojos de don Manuel, y quedó mirando como absorta las aguas del río, que resonaban siempre en la soledad como una grán voz del cielo.

Hubo una pausa solemne, que interrumpió la viuda Lennier, para decir con aquella graciosa frivolidad que ocultaba su carácter resuelto y firme:

—Es usted un hombre verdaderamente honrado, mi querido

don Manuel. Ha nacido usted para misionero, y le diría que erró usted la vocación, si no fuese maestro de escuela. No sabe nadie,—añadió, tendiéndole la fina mano enguantada,—que en mi modesta colonia agrícola está el modelo de los maestros de escuela de España. ¡Ay, don Manuel, si todos esos excelentes señores se parecieran á usted en la punta de las uñas siquiera, España andaría de otro modo. En fin,—añadió riéndose y estrechando cariñosamente la mano del viejo,—si después de todo lo que esa lengua de santo nos hizo oír, Lucy y yo no nos queremos un poco en adelante, será porque somos rematadísimas de malas. Esta

noche hablaremos, Lucy.—Y se alejó ligera como una muchacha en busca de la señorita Lennier y sus acompañantes.

FIN DEL TOMO I

ÍNDICE.

	Páginas.
Portada	3
I.—La familia Lennier	5
II.—La Proserpina	23
III.—.....	43
IV.—.....	59
V.—Don Blasito	79
VI.—Mensaje misterioso	101
VII.—La gran Cora	115
VIII.—En defensa de Lucy	131
IX.—Alma solitaria	165
X.—La señorita Lucy	185
XI.—Frente á frente	223

